



A DENTELLADAS

ralph barby



**BOLSILIBROS
BRUGUERA**

**SORTEO DEL
MILLON**

Vea en las últimas páginas
las instrucciones y bases para
participar en el sorteo de UN
PISO Y UN COCHE o, si lo pre-
fiere,

UN MILLON DE PESETAS

YA ESTA A LA VENTA
LA NUEVA SERIE

SELECCION

TERROR

Creada para aquellos
lectores que poseen nervios de
acero y no temen traspasar las fron-
teras de lo irreal y adentrarse en
un mundo desconocido, aterrador
como una pesadilla, apasionan-
te como la más increíble de las
aventuras.

RALPH BARBY

A DENTELLADAS

Colección PUNTO ROJO n.º 585

Publicación semanal

Aparece los SABADOS



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

Depósito legal: B. 21.160 - 1973

ISBN 84-02-02520-X

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: julio, 1973

© RALPH BARBY - 1973

texto.

© JORGE NÚÑEZ - 1973

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1973

Los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

- En Colección COLORADO:
789. — ¡Lárgate, Jack!
- En Colección KANSAS:
744. — El comisario rebelde.
- En Colección CALIFORNIA:
860. — Ladrón de cadáveres.
- En Colección BRAVO OESTE:
585. — «Colt» a sueldo fijo.
- En Colección SERVICIO SECRETO:
1.190. — El infrasalario de la ley.
- En Colección SALVAJE TEXAS:
896. — Gallina City.
- En Colección PUNTO ROJO:
562. — Mavors *el* Murciélago.
- En Colección ASES DEL OESTE:
647. — Los torturados de Nogán.
- En Colección BISONTE SERIE ROJA:
1.326. — Justicia de madrugada.
- En Colección BUFALO SERIE ROJA:
1.022. — El baile de las balas locas.
- En Colección BISONTE SERIE AZUL:
120. — La matanza del Paso de Trout-Creek.
- En Colección BUFALO SERIE AZUL:
55. — La Puja.

CAPÍTULO PRIMERO

Aquel tipo caminaba ostensiblemente nervioso por el pasillo del «Boeing 727» en la clase especial. Empuñaba la pistola con fuerza y todos temían que de un instante a otro comenzara a disparar mientras del bolsillo superior de su chaqueta asomaba un frasco que había enseñado a todos.

—Si hago estallar la nitroglicerina, no quedaremos ni uno solo vivo.

En cada ocasión que aquel psicópata repetía lo de la nitroglicerina, recibía una incontenible descarga de risa que tenía mucho de histérica.

Se habían producido brotes de pánico en el pasaje, aunque la tripulación no demostraba su nerviosismo. Una azafata había recibido un culatazo en la frente que le había abierto una brecha y el mecánico de a bordo que había tratado de intervenir, tenía un plomo alojado en el hueso de la cadera, incrustado en la misma tras perforar órganos vitales. Su estado era grave, pero vivía. La segunda azafata lo atendía cómo podía; a bordo no viajaba ningún médico.

—¡Pronto llegaremos a Cuba, pronto! ¡Os entregaré a mis amigos los barbudos! —gritaba aquel sujeto. Sus ojos, inyectados en sangre, resultaban visiblemente saltones.

Tab H. Howard sabía bien que aquel tipo tenía muy poco que ver con los hombres del gobierno cubano y dicho gobierno, nada con él. No era un extremista político que pretendiera llamar la atención del mundo con su secuestro aéreo y tampoco un vulgar pirata que ansiara obtener medio o un millón de dólares.

No había pedido dinero, aquel hombre sólo buscaba notoriedad impulsado por su estado psicopático. Más bien pequeño, delgado, poca cosa todo él, podía haber sido toda su vida el introvertido crónico, el hipocondríaco, el hombre patológicamente tímido que explotaba súbitamente como la erupción de un volcán, dormido

durante milenios.

Aquel tipo, posiblemente con el dinero justo para pagar su pasaje, había conseguido subir a un avión y pasar la pistola, lo que le debía haber costado esfuerzos e ingenio y ahora llamaba la atención del mundo con el secuestro aéreo. El, sólo él y nadie más que él, haría que un avión repleto de pasaje se fuera desde Washington a Cuba en lugar de ir de Washington a Miami.

Tab H. Howard gruñó ligeramente, aunque apenas nadie lo notó, ni siquiera aquel tejano que había ocupado el asiento contiguo junto a la ventanilla.

Sin quitarse su sombrero blanco de ala ancha, roncaba felizmente. Para él, el secuestrador no existía.

Vivía un mundo de sueños a treinta y cuatro mil pies de altura y a mil kilómetros hora de velocidad, soñando quizá con tiempos ya pasados. Por su edad, poco tenía que confiar en el futuro y sí mucho que rememorar.

De pronto, el pirata aéreo pasó junto a Howard y la mano de éste salió disparada hacia arriba con la celeridad de un crótalo atacando, imperceptible al ojo humano.

Sujetó la pistola del maníaco mientras el pulgar de su diestra colocaba el seguro del arma. Howard sabía que se estaba jugando el todo por el todo. Si una bala brotaba por el cañón de la pistola y perforaba el fuselaje, seguiría de inmediato la descomprensión del aparato y todos quedarían inconscientes. La falta de oxígeno les aproximaría a la muerte.

El psicópata, dispuesto a morir él también con tal de seguir llamando la atención del mundo, jaló el gatillo, pero el arma no pudo hacer ningún disparo.

La gente gritó, el propio secuestrador rugió de rabia, pero ya Howard se había incorporado y con un certero golpe de karate lo había desarmado.

Su zurda, con los dedos a modo de pinzas, le quitó la nitroglicerina del bolsillo al tiempo que muchos de los viajeros se cubrían los ojos, esperando el fin de todo.

Un codazo contundente en el mentón, que le fue fácil asestar debido a la diferencia de estatura, dio con los huesos del secuestrador en el suelo del pasillo, entre las hileras de cómodas butacas.

—¡Cálmense! El aparato está bien, todo va normal y este hombre no molestará más.

Hubo rezos, alegrías, aún histeria. El copiloto se presentó de inmediato, quedándose frente a Tab H. Howard al que miró fijamente.

—¿Cómo lo ha hecho?

—Bueno, creo que hay suficiente público que puede explicarlo. Aquí está la nitroglicerina. ¿Tiene esposas?

—Sí, hay dos juegos. Desde que comenzó la piratería aérea llevamos esposas a bordo.

—Pues rápido antes de que despierte y me vea obligado a dormirlo de nuevo. Por cierto, ¿dónde estamos?

—Cerca de Miami, no habíamos desviado el rumbo. Ese loco ignoraba totalmente lo que es un rumbo aéreo y nos ha sido fácil engañarle.

—Magnífico, así no habrá retrasos.

Cuando el maníaco despertó, ya estaba encerrado en el lavabo y con las esposas puestas. Todo había resultado inútil para él. Después de pasar por una corte federal que dictaminara al respecto, sería ingresado en un sanatorio mental para criminales peligrosos.

—Es usted un hombre que actúa rápido, le felicito.

Tab H. Howard miró al hombre que acababa de interpelarle.

Se hallaba sentado junto a una de las ventanillas y en la hilera de butacas triples. Junto a él estaban dos individuos de unos treinta años, ambos fuertes y sobrepasando en más los ochenta y cinco kilos de peso.

El uno tenía cara de irlandés, el otro era asiático. Si Howard no hubiera estado experimentado en observar rostros orientales habría podido decir que aquel tipo era birmano, vietnamita o japonés, todos parecían iguales, más descubrió en él los rasgos inequívocos de un coreano, un coreano sano y fuerte, de cabello escaso y musculatura elástica.

Cualquiera hubiera podido catalogarle como un profesor de judo, karate y quién sabe qué tipo de lucha oriental y con un tercer o cuarto dan en cada tipo de lucha, pero quien le llamó más la atención fue el hombre que le había hablado.

Era alto, muy elegante y llevaba un traje de por lo menos cuatrocientos dólares. Usaba un anillo que podía ser un gran rubí y

tenía rasgos de distintas razas.

Su mirada irónica, paciente y la conformación de sus ojos, eran orientales, pero su cabello tenía un ligero color castaño que hacía pensar en un escocés.

También su estatura era poco común en un asiático y sus modales, más propios de un estudiante de Oxford o Cambridge. Su boca era demasiado fina, casi sin labios, una boca dura de la que uno no podía fiarse. Pese a ello, había esbozado una sonrisa.

—Alguien debía quitarlo de en medio —replicó aleándose de allí tras observar a los tres hombres.

Su sagacidad, propia de un hombre profundamente entrenado para la investigación contra el crimen, le había hecho sospechar que aquel hombre era importante y los otros dos, sus guardaespaldas, unos guardaespaldas sin armas. No se les notaba el menor bulto, pero a ellos les bastarían sus manos para hacer daño, mucho daño, el suficiente para matar a quien se les pusiera por delante o a quien el euroasiático señalara con el índice de su diestra.

En la cabina de mando todo iba bien. Howard fue a verlos y se identificó.

—Soy Tab H. Howard, inspector federal, sección de control y vigilancias especiales.

El comandante de la nave suspiró.

—Menos mal que lo teníamos a usted a bordo, inspector Howard. Creí que íbamos a Cuba, con los consiguientes problemas que ello acarrea. Además, tenemos al mecánico malherido.

—¿Han avisado ya al aeropuerto?

—Sí, nos estarán aguardando con la ambulancia. —Hizo una pausa, y mirándole a los ojos, preguntó—. ¿Le han encargado de la vigilancia contra los secuestros aéreos?

—No, y no me haga más preguntas, comandante, no estoy autorizado para responderle. Sólo me he identificado para que usted estuviera tranquilo.

—Como quiera respecto a su silencio y una vez más gracias, inspector Howard.

Al regresar hacia su asiento, Howard pasó junto la minicocina de la azafata y le pidió:

—¿Me da una bolsa de
pop-corn

?

La azafata le miró. Sus ojos semejaron humedecerse y brillaron más. Le dio un largo y profundo beso en los labios y luego, casi sin voz, musitó:

—Gracias. Si se siente solo en tierra...

—Oh, no, gracias, sólo le pido una bolsa de pop-corn.

—Tenga. —Le puso tres bolsas en la mano, sin dejar de mirarle a los ojos.

—Son las pop-corn

mejor guarnecidas que me han dado nunca.

Devolvió el beso a la aeromoza, pero fue un beso más suave, ligero, un beso acariciante, sin futuro de continuidad. Así debió de comprenderlo ella que suspiró desesperada.

Al retornar a su asiento, el tejano del sombrero blanco se despertó y mirando a Tab le preguntó:

—¿Falta mucho para llegar a Houston?

Tab lo miró con más atención y le preguntó:

—¿No iba usted a Miami?

—¿Yo a Miami?

—Pues, el avión se dirige a esa ciudad.

—¡Por todos los diablos, me habré equivocado de aparato!

—Abra la mano.

El tejano, confuso, obedeció y Howard se la llenó de palomitas de maíz.

—Coma y tómesele con calma. En Miami podrá coger otro avión que le lleve a Houston, y procure fijarse bien qué aparato toma. Cuando uno se despierta no sabe nunca en qué parte del globo va a encontrarse.

El tejano fue a protestar, pero ya tenía la boca llena de palomitas de maíz y optó por reírse, comenzando a masticar.

Cuando el trirreactor «Boeing 727» tomó tierra en el aeropuerto de Miami, una ambulancia recogió al mecánico herido en acto de servicio y a la azafata, mientras un grupo de federales se llevaba al pirata aéreo. Unos fotógrafos trataron de sacarle unas instantáneas mientras el maníaco reía complacido. Por fin saldría en las primeras páginas de los periódicos, lo que le iba a costar ser encerrado en un

manicomio.

Williams, el inspector federal destinado en el aeropuerto, felicitó a Howard por su brillante intervención. Después, le preguntó:

—¿Viene en comisión de servicio a Miami?

—No, sólo vengo a descansar, si es que un federal tiene alguna vez derecho a descansar.

—Claro que sí, Howard, claro que sí, y le invito a cenar.

—Le acepto la cena, pero ya le avisaré cuando, inspector Williams.

Tab H. Howard dio su repórter sobre lo ocurrido a bordo del «Boeing» para que fuera entregado al juez federal y salió del despacho, encontrándose con un rostro femenino conocido, pero al que hacía tiempo no veía.

Se quedó quieto, parpadeó unos instantes y luego preguntó dubitativo:

—¿No serás tú Imma, Imma Douglas?

—¡Tab!

Avanzó hacia él y, trémula, se colgó de su cuello, abrazándolo con fuerza.

Sintió bajo sus manos el temblor de aquel cuerpo joven y sensible.

La muchacha estaba sufriendo, sentía angustia, algo grave debía de ocurrirle y Howard comprendió de inmediato que la joven rubia, de ojos claros, aire algo *hippy* y vestida con minifalda, no se hallaba en el aeropuerto por casualidad.

Había ido a buscar algo, quizá a él, quizá socorro, estaba seguro de que tenía que ayudarla... Todas aquellas observaciones pasaron por su mente a la velocidad del relámpago mientras Imma, buscando sosiego, se estrechaba contra el cuerpo del hombre.

CAPÍTULO II

El joven y dinámico inspector federal condujo el automóvil descapotable y lujoso, aunque no de gran potencia, con que la joven Imma Douglas se dirigiera al aeropuerto.

Había oscurecido, encendiéndose las luces de la autopista que daban una tonalidad algo amarillenta al asfalto. Tab preguntó:

—¿Te llevo a casa?

—No. Sigue por la carretera del Sur, quiero hablarte.

—¿No te estará esperando tu padre?

—No, suelo llegar tarde. Tiene poco tiempo para dedicarme, ya sabes que es un hombre muy ocupado.

—Tienes que disculparlo, su labor es muy importante.

—Lo sé, lo sé y no me quejo, por eso acudo a ti. Estaba nerviosa, al borde de la desesperación, pero cuando oí por el noticiero radiofónico que el inspector federal Howard había desarmado y dominado a un secuestrador aéreo camino de Miami, no lo pensé ni un solo segundo más y me dirigí al aeropuerto.

—Esos muchachos de la Prensa son muy ruidosos, no debieron mencionar mi nombre. En fin, ya está hecho. En la mesa del inspector Williams he dejado la muestra de nitroglicerina. Por unos momentos, yo también pensé que íbamos a volar todos por el aire, pero aquel tipo sólo era un maníaco digno de lástima. Gracias a Dios, el secuestro aéreo no ha tenido graves consecuencias. El mecánico se salvará, recibió un mal balazo, pero es joven y fuerte.

—Esos malditos asesinos del aire.

—Los hay del aire y de la tierra. Estoy seguro de que ese hombre no era el único asesino que viajaba en el aparato. Hay muchos criminales que emponzoñan otros sectores de nuestra sociedad: estupefacientes, prostitución, *racket*, inmigración clandestina con ganancias muy grandes por servicios sin garantía, en fin, podría darte una extensa lista de la gente que forma parte alícuota de esa

amalgama que es el gran mundo del hampa.

—Sí, quizá es que los secuestradores aéreos llaman más la atención y exponen inútilmente muchas vidas humanas.

—Creo que no haciéndoles publicidad se ganaría mucho. —Le dio una ojeada, la brisa nocturna era agradable—. ¿Sigo hacia el Sur?

—Sí, estaciona el coche en cualquier parte.

El océano se hallaba en calma. Las olas eran suaves y alargadas, apenas había espuma en sus diminutas y larguísimas crestas. La arena húmeda fue hollada por los neumáticos del «Ford» que, habiéndose salido de la carretera, se acercó al mar como si fuera un reno lapón, ansioso de abreviar en el agua salobre.

Imma abrió una cajetilla de cigarrillos y colocó uno entre sus labios. Tras prenderle fuego, chupó con fuerza. La punta encendida destacó en la noche tras quedar apagadas todas las luces del automóvil.

El cielo estaba repleto de estrellas y la Luna aparecía tranquila en él, sin temor a que ningún Apolo próximo surcara el éter a gran velocidad para violar su silencio, su quietud, su esterilidad.

Cogiendo el cigarrillo con sus dedos índice y corazón, a modo de gran tijera, Imma se lo quitó de la boca y lo colocó entre los labios del hombre. Preparó otro pitillo para ella mientras expulsaba el humo que había profundizado hasta los lugares más recónditos de sus jóvenes pulmones.

A través del humo del tabaco que se disolvía con rapidez, empujado por la brisa al rebasar la altura del cristal parabrisas y teniendo como fondo el casi imperceptible rumor de las olas que acariciaban la suave arena sin huellas, allá hasta donde las aguas habían llegado, Tab H. Howard observó a Imma.

Había cambiado y mucho. La recordaba ya alta, pero mucho más aniñada. Era sorprendente como podía cambiar una chica en dos años. Había dado la zancada de la adolescencia con firmeza y seguridad. Era ya una mujer de piernas bien torneadas, piel suave y rodillas redondeadas, sin protuberancias ni arrugas.

Su talle era fino y sus senos, sin sujetador, empujaban la blusa coloreada en granates oscuros y verdes esmeralda que los ocultaban. Sus pupilas eran grandes, de mirar profundo, azules como el agua de una piscina pintada de azul pastel; tenían un brillo

atrayente, chispeante.

—Bien, Imma, ¿cuál es el problema? Creo que ya nadie nos oye. Tenemos las estrellas arriba, el océano delante, la arena bajo las ruedas del coche y el mundo a la espalda.

—Tab, es algo complicado, confuso. No sé si llegarás a creerme o pensarás, como papá, que son pesadillas de una chica demasiado aficionada a leer historias fantásticas y de terror.

El hombre no tenía prisa, se sentía bien en aquellos momentos. Era un placer permanecer allí junto a Imma, la rubia y conocida Imma.

El padre de la joven había sido su jefe inmediato cuando comenzara a prestar sus servicios en el FBI tras abandonar la academia de Cuántico.

—¿Y eres aficionada a leer historias fantásticas y de terror?

—¿Y quién no lo es?

—Si se dispone de tiempo —aceptó Tab—. Por lo menos eres sincera de entrada. Si me lo hubieras negado, habría comenzado a dudar de ti.

—Tienes que creerme, Tab, sólo puedo confiar en ti.

—De acuerdo, soy todo oídos. No sé si me vas a resultar una novelista estupenda o vas a contarme el hecho verídico más espeluznante que jamás haya oído.

—No te burles, por favor. Es serio y grave, muy grave, estoy asustada.

Ambos chuparon sus respectivos cigarrillos. A través del cristal parabrisas pudieron ver, a lo lejos, una embarcación que en la cúspide de su más elevado mástil mantenía una luz roja de señalización y parecía dirigirse hacia Cocoa Beach.

—Lo que vas a contarme, ¿se lo has dicho ya a tu padre?

Asintió con la cabeza.

—Te lo juro.

—¿Y?

—No me cree. Si no tuviera temor a algún psiquiatra indiscreto, me habría hecho tratar médicamente.

—Eso es grave, Imma. ¿Qué va a decir tu padre si me cuentas toda esa historia que te tiene desasosegada?

—No lo sé, pero si no la explico, bueno, no voy a poder soportarlo.

—¿Por qué?

—Intuyo que papá está en peligro.

—¿Que tu padre, el experto Cecil Douglas está en peligro? — preguntó enarcando las cejas.

—Sí, y no puede ser una pesadilla mía, no puede serlo.

—No tomes lo que pueda preguntarte como un interrogatorio formal, piensa que has sido tú quien ha venido a buscarme para que te ayude y yo te ayudaré en la medida de mis posibilidades.

—Tab, estoy segura de que sólo un hombre como tú puede ayudarme o, mejor dicho, puede ayudar a papá.

—¿Cómo?

—Lo ignoro.

—Empieza a contar lo ocurrido, si es que puede tener un principio claro o sólo han sido sospechas de un peligro.

—No, papá está normal, pasa un tiempo de descanso aquí en Miami. Ya sabes que tenemos un chalet junto a la playa.

—Sí, ya sé cuál es tu chalet, lo compró tu padre hace muchos años. Fue para tu madre. Desgraciadamente, ella se ahogó al zozobrar su pequeña embarcación de recreo, lo recuerdo muy bien.

—Mamá era una gran deportista, todos lo sentimos mucho. Al principio, papá se hundió, pero el trabajo tan intenso que siempre ha llevado, le hizo, si no olvidar, sí recuperarse. En cuanto a mí, debo reconocer que he pasado tantos años en internados a toda pensión que no noté excesivamente la ausencia de mamá.

—Lo comprendo. El roce añade mucho cariño al que ya de por sí sentimos generalmente por los padres, pero ésa es otra historia y creo que tú deseas contarme otra mucho más cercana que, por lo fantástica, pareces dudar todavía en empezar a explicármela pese a que has venido a buscarme para pedir ayuda.

—Temo que te burles de mí.

—No tendría por qué hacerlo.

—Es cierto, Tab, disculpa, un hombre como tú, que está al borde de la muerte a cada instante, como hoy enfrentándote a un loco homicida que quería volar un avión estando tú desarmado y él armado y con un frasco de nitroglicerina en el bolsillo.

—Vamos, vamos, esos periodistas, al final sabrán más que los propios protagonistas de la historia. No debes darle más importancia de la que debe dársele el tratamiento adecuado.

—Verás, una noche, medio dormida, oí una extraña música oriental, quizá japonesa. No estoy versada en estos tipos de música religioso-foklórica.

—¿Dónde estabas tú?

—En la cama, hacía rato que dormía y la verdad es que no le di importancia. Me dormí profundamente y al día siguiente le pregunté a papá si había comprado algún disco o «cassette» con música oriental especializada.

—¿Y qué te respondió?

—Me miró perplejo y luego se echó a reír, replicándome que no tenía mucho tiempo para perder. Que en ocasiones le gustaba disfrutar de la pesca y que la música, oriental le parecía bien para quien le gustara.

—Sí, es posible que tu padre no sea un melómano.

—Pensé que la había soñado hasta que otra noche me volvió a despertar la musiquilla.

—¿La misma?

—Sí, idéntica.

—¿Y qué hiciste?

—Me puse la bata y decidí averiguar lo que ocurría, de dónde partía aquella música.

—¿Algún instrumento especial?

—No estoy segura, sólo sé que las notas eran claras y muy diferenciadas entre sí, como la repetición de un estribillo.

—¿Podrías repetirlo con la boca?

—No, es demasiado complicado, pero si volviera a oírlo lo identificaría de inmediato.

—Bien, estábamos en que te levantaste.

—Me acerqué a la habitación de papá. Me extrañó que estuviera oyendo música, una música extraña, oriental, una música que no había escuchado nunca cuando sabía que se había ido a dormir cansado. Había tenido un día de gran diversión en pesca de altura, había llegado satisfecho por las capturas, pero fatigado.

—¿Le preguntaste qué le sucedía?

—La puerta estaba entornada, la abrí despacio. En la habitación había una extraña luz verdosa, desconocida para mí. La música, ahora sin la barrera de la puerta, seguía sonando más fuerte y clara. Mi padre estaba en la cama.

—¿Le sucedía algo?

—No, bueno, no lo sé. Le interpele sin obtener respuesta. Me acerqué a él y en medio de aquella luz verdosa y de las notas de un instrumento desconocido, pero que me sonaba a oriental, descubrí que papá y yo no estábamos solos.

—¿Quién más había en la habitación?

—Varios hombres que me miraban con sus rostros verdosos pero iguales, fantasmagóricamente iguales. Era una pesadilla, todos los rostros eran idénticos, como en un juego de espejos. Creo que me asusté. Intenté gritar y sentí un profundo y agudo dolor en la espalda. Todo comenzó a nublarse frente a mis ojos, fue como si las caras desaparecieran, borrándose en una densa niebla verdosa. Después, nada.

—¿Nada?

—Sentí que me sacudían y grité. «Imma, hija, ¿tienes una pesadilla?», me preguntó papá.

»Abrí los ojos desconcertada. Mi padre estaba frente a mí, envuelto en su bata. Yo sentía náuseas y no sabía por qué. Miré en derredor. La luz entraba por la ventana, el sol se había levantado y se filtraba por la persiana metálica.

»—Papá, ¿estás bien?, le pregunté.

»—Pues, claro, hija, claro que sí. Hoy tengo que ir a contarles a unos cuantos incrédulos todo lo que pesqué ayer. Dejándome una bandeja, agregó: “Te dejo un poco de desayuno, aunque creo que mañana será bueno que me lo preparadas tú a mí”.

»—Oh, sí, papá, perdona, se ve que no he dormido bien. Quizá algo me sentó mal en la cena.

»Me metí en la ducha, me hacía falta. Luego, al secarme la espalda, noté un dolorcillo apenas perceptible. Miré la parte afectada con un espejo.

—¿Y descubriste algo? —inquirió Tab, atento al relato.

—Sí, un diminuto punto rojo.

—¿Y pensaste que te habían inyectado algo?

—Sí, y eso indicaba que no había sufrido una pesadilla, sino que había vivido algo real, aunque pareciera fantástico. Nerviosa, se lo conté a papá, pero él se rió de mí.

—¿Volviste a oír la música oriental?

—Sí.

—¿Cuándo?

—Dos noches más tarde y se abrió la puerta de mi alcoba. Me aterroricé en mi cama.

—¿Qué ocurrió entonces?

—Volví a sentir el fuerte y agudo dolor.

—¿Dónde, esta vez?

Imma encendió un fósforo y lo acercó a su muslo, que, por ser la falda tan corta, estaba al descubierto casi en su totalidad.

—Mira este puntito rojo.

—Parece la picadura de un insecto —observó Tab—. ¿Puedo tocar?

—Naturalmente.

El pasó la yema de su dedo con cuidado y oprimió ligeramente. Después, opinó:

—No hay bolsas debajo, no hay ningún líquido contenido sin disolver en el tejido. ¿Has consultado con algún médico?

—No lo he hecho, creo que me tomarían por una histérica. Un pinchazo como éste puede darse con una simple aguja o, por lo que tú has dicho, un insecto... nocturno.

—Sí, es posible, y también has de admitir que es muy poca cosa para preocuparse en serio, salvo que tengas algo más.

—Sí, lo tengo.

—Bien, eso ya es más interesante. ¿Qué es?

—Fijé en mi mente aquellas caras idénticas, como repetidas. Tengo memoria fotográfica, me va bien para cuando quiero estudiar algo y para recordar fisonomías.

—¿Has tratado de hacer algún retrato robot?

—He hecho un dibujo basándome en la memoria, y creo que es bastante exacto.

—¿Cuándo podré ver ese dibujo?

—Ahora mismo.

Imma abrió su bolso, plano y rectangular, algo grande y con flecos al estilo indio. De él extrajo una hoja doblada que entregó a Tab H. Howard.

—Aquí lo tienes.

El hombre encendió la luz interior del auto y desdobló el papel, escrutando aquella faz que Imma Douglas había dibujado con cierta precisión.

—¡No es posible! —exclamó al ver aquel rostro euroasiático. Los ojos, el óvalo, la fina boca, el pelo...

No le cabía duda alguna de que lo había reconocido.

—¿Sabes quién es?

—Por todos los diablos, Imma. Si este tipo es el mismo que he visto hoy a veinticuatro mil pies de altura, éste promete ser un caso interesante y no sé por qué.

—¿Crees que papá está en peligro?

—Me gustaría averiguarlo —dijo sin dejar de observar el retrato.

Imma no podía haber dibujado aquel rostro sin haberlo visto, y el euroasiático había volado desde Washington a Miami en su compañía, habiendo estado a punto también de perecer en aquel estúpido secuestro aéreo.

CAPÍTULO III

—Vas a ver cómo nos divertimos —auguró eufórico Cecil Douglas.

Tab H. Howard se dejaba llevar en el automóvil hacia el puerto deportivo. Imma, en silencio, viajaba entre ambos. Vestía una blusa muy ligera y minishorts blancos. La espesa cabellera rubia flameaba al viento mientras su padre conducía el descapotable.

—He venido a pasar unas vacaciones y deseo disfrutarlas. Francamente, no esperaba encontrarles aquí en Miami.

—Suerte para ti que Imma te localizó.

Imma observó de reojo a su padre. No le había contado que había ido angustiada en busca de Howard éste, por petición de la joven, no había mencionado ante su exjefe las supuestas y extrañas pesadillas nocturnas de la muchacha.

El sol estaba bajo todavía, suspendido sobre el océano a pocos pies de altura según su visión. Las aguas tenían un azul intenso y reverberaban los rayos solares. Soplaban una brisa ligera y fresca, pero a medida que el día avanzaba, aumentaría en calor.

—He encontrado una verdadera ganga. Un tipo, en la cafetería del club náutico, me recomendó a González. Es un americano descendiente de cubanos que tiene una buena embarcación de pesca, rápida y manejable, lo mejor para hacerte con un buen pez espada. No es que pretenda anular al viejo de Hemingway, pero uno tiene sus ilusiones. A veces pienso que ha sido más fácil capturar a un peligroso y misterioso delincuente que a un gran pez espada que deje con la boca abierta a todas las amistades.

—¿Y quién le recomendó a González?

—No sé cómo se llama, estaba medio bebido. Me enseñó unas fotos y vi que él también había pescado unos grandes peces. Me animaron aquellas fotografías, no sé cómo trabé conversación con aquel tipo, parecía una buena persona. Me advirtió que para sacarle

un buen precio a González había que contratarlo diez días completos, que lo que él buscaba era seguridad en el cobro y siendo así, le importaba menos la cantidad a contratar por día. Al parecer, tiene deudas.

Imma continuaba silenciosa. Aquella historia ya la conocía, pero era la primera vez que acompañaba a su padre a la motora, pues se había limitado a ir a la playa por su cuenta, sin adentrarse en el mar, ya que la pesca no la atraía demasiado.

—Si no llegas a venir tú, Imma tampoco hubiera venido. Se aburre con el viejo de su padre.

—Es lógico, querrá ver otro tipo de diversiones —opinó Tab.

El descapotable se introdujo en el aparcamiento privado del muelle deportivo.

La motora parecía de gran potencia y navegaba bajo la bandera de Estados Unidos.

González era alto y fuerte, usaba camiseta marinera una gorra de plato sin distintivos. Tenía un grueso bigote y sus ojos no se extrañaron al ver a Cecil Douglas, hombre que había rentado su embarcación durante diez días para pescar los grandes y atrayentes peces espada.

—Hola, González. ¿Listos para zarpar?

—Cuando usted lo ordene, señor Douglas —aceptó el marino hispanoamericano, con un tono de voz más meloso, distinto al de ellos.

—Pues, ahora mismo. Hoy vamos a llevar público a bordo. Éste es mi amigo Howard y ella es mi hija.

—Encantado, suban a bordo. Hay otra caña para usted si quiere pescar, señor Howard. Es gratis, ya que el completo de la renta por día ya lo paga el señor Douglas, claro que si me rompe el sedal o pierde la caña, tendrá que abonarla —puntualizó el hispanoamericano.

—De acuerdo, es lo correcto —aceptó Tab.

—Te apuesto una cena en el Japanese Steak House que consigo yo la pieza mayor —exclamó Douglas.

—Aceptado, aunque temo que tendré que pagar yo la apuesta.

—Descuida, no seré sádico cuando pida el menú. Sé que gana un hombre como tú.

—Poco, muy poco, y en esta ocasión, como no estoy de servicio,

no puedo incluir la cena en gastos especiales.

Cecil soltó una carcajada, más por el deseo de reír, de animar, que por una hilaridad espontánea.

La potencia del motor de la embarcación quedó puesta a prueba rápidamente. Los muelles quedaron atrás y se internaron en el océano, donde el oleaje, sin ser picado o peligroso, sí era importante.

Cecil Douglas gruñó:

—Me parece que con estas olas no vamos a pescar nada.

González, que había puesto el piloto automático a la embarcación, fijándole una ruta adecuada, objetó:

—En muchas ocasiones, cuando las aguas están movidas, aparecen los mayores peces espada. Nunca se sabe cuándo van a morder el anzuelo.

—Tab, ¿qué te parece si preparamos los sedales?

—Por mí, cuando quiera.

Arreglaron las dos flexibles y a la vez resistentes cañas de pescar. Se sentaron en las butacas de popa y se sujetaron con los cinturones de seguridad. Un tirón brusco y sorpresivo podía arrancarlos de la butaca y lanzarlos al agua.

—Esto resulta aburrido para mí —observó Imma.

—Cuando piquen no será aburrido, te lo aseguro, hija.

—Voy a proa a tomar el sol y a escuchar música.

—Tenga cuidado, señorita. No hay baranda a proa —advirtió González.

—Estaré tendida en la esterilla.

Con cuidado, Imma subió los tres peldaños y en dos zancadas quedó en la pequeña cubierta de proa, de apenas dos metros de larga. Se hallaba muy limpia y protegida con una esterilla. Allí se colocaba el marino para lanzar el gancho cuando atracaba la embarcación, Imma se quitó la ropa, quedándose con el minibikini que ya llevaba puesto. El color amarillo brillante de la tela realzó su piel tostada por el sol.

Colocó un cartucho musical en el magnetófono portátil y tras pulsar la tecla correspondiente, comenzó a escuchar una música alegre que tenía como fondo las olas del mar al ser surcadas por la potente motora deportiva.

Pasaron los minutos. Cecil Douglas observó malhumorado:

—Por aquí no habrá buena pesca. Veo tiburones pese a lo movido del mar.

—Esos tigres del mar aparecen cuando menos se les necesita, pero, pese a ello, puede haber cerca buenos peces espada —opinó González.

—No desesperemos, Douglas, aún queda mucho tiempo —le dijo animoso Tab H. Howard, que lo observaba te reajo cuando el padre de Imma no lo advertía. Trataba de averiguar si la joven sólo le había contado una pesadilla o, efectivamente, Cecil Douglas tenía problemas, aunque en aquellos momentos nadie hubiera jurado que los tuviera.

—Cambiaré un poco el rumbo para huir de los tiburones dijo González.

De pronto, el sedal de Douglas se tensó. Mientras soltaba carrete para que la pieza apresada no rompiera el nylon, exclamó:

—¡Ya lo tengo, ya lo tengo!

González maniobró la motora cogiendo de costado la cresta de una ola, ola que, sin ser excesivamente pronunciada, sí lo fue suficiente para inclinar la motora demasiados grados de babor.

A través del cristal parabrisas de la motora, González vio con una sonrisa como el cuerpo de la joven, cogida por sorpresa, resbalaba por la pequeña cubierta cayendo al agua junto con el magnetófono.

—¡Hay que seguirle un poco! —gritó Cecil Douglas.

González, ignorando expresamente la caída de la muchacha, se volvió hacia ellos diciendo:

—Espero que los tiburones se alejen. No hay sangre y no atacarán la pieza.

—¡Socorro! —Se escuchó de forma poco clara.

Tab H. Howard se volvió rápidamente viendo a Imma en el agua. De no ser por su brillante cabellera, quizá no la hubiera descubierto a la primera ojeada, pensando que se trataba de una jugarreta que le había gastado su propio oído.

El dedal, el motor de la embarcación y el agua en marejadilla, producían demasiados ruidos y rumores que podían ahogar cualquier palabra.

—¡Imma! —gritó.

Quiso soltarse el cinturón y comprobó que estaba bloqueado.

González se asomó por la borda, exclamando:

—¡Qué locura, tirarse al agua con los tiburones!

Tab sabía que no había tiempo para pensar ni para hablar. Por suerte, tenía el cuchillo cerca, lo había utilizado para colocar el cebo en el anzuelo.

De un tajo, cortó el cinturón y tras colocarse el arma entre los dientes, se lanzó al agua mientras Cecil Douglas los miraba desconcertado sin acabar de comprender lo que ocurría.

—¡Socorro! —gritaba Imma aterrizara al ver una de aquellas mortíferas aletas nadando en dirección hacia ella.

Tab H. Howard le cortó el paso en unas brazadas empuñando el cuchillo, lo lanzó hacia delante, arriesgándose a quedarse sin brazo ante la posible dentellada del tiburón.

La hoja de acero, brillante y bien afilada, se hundió en el cuerpo del escualo. Al mantener una dirección nadando y sostener Howard el cuchillo con firmeza, el animal quedó abierto de arriba abajo, tiñéndose las aguas rápidamente de sangre.

—¡Tab, Tab, otro!

Cecil Douglas había soltado la caña, lanzándola al agua.

Tomó la barra de atraque y la utilizó a modo de arpón para golpear con ellas a otro tiburón que acudía al festín.

—¡Para el motor, imbécil! —le gritó a González.

El hispanoamericano le observó con ojos ligeramente entornados, como si estuviera decidiendo por sí mismo lo que debía de hacer. Miró a la pareja que seguía en el agua y a la que se acercaban más tiburones.

La sangre era la gran llamada, como doblar campana dentro de las aguas.

Al fin, optó por detener el motor de la embarcación tal como le habían pedido. Era muy difícil que tanto Imma como Howard salieran con vida de las aguas.

El federal se interpuso entre otro de los escualos y la muchacha que nadó contra el costado de la embarcación, guardándose la espalda de esta forma.

La aleta del escualo se alzó sobre Tab H. Howard, dispuesto a despedazarle con su doble hilera de dientes, afilados como cuchillos. Imma, al querer gritar, se llenó la boca de agua.

Tab aguardó la embestida del tiburón, no podía hacer otra cosa

y manteniendo fuertemente el cuchillo por delante, lo clavó en el cerebro del animal que debido al impulso natatorio que ya llevaba, empujó a Tab.

Éste no se dobló. De hacerlo, posiblemente las mandíbulas del tigre del mar le habrían despedazado las piernas, amputándoselas de una sola dentellada.

Tab se dejó empujar, sujeto al mango del cuchillo. Su espalda dio contra la embarcación y el impulso del escualo cedió mientras las demás bestias, deseosas de comer rápidamente, vieron más posibilidades de alimento en el compañero muerto y en el segundo herido que en los humanos.

—¡Hija, cógete!

Asida a la vara, Imma fue izada gracias al esfuerzo de su padre y también de González, que ayudó en aquellos instantes guardando las apariencias.

Tab se agarró a la borda y trepó por sí mismo cuando uno de los escualos iba por él, dispuesto a impedir que escapara.

Tab brincó a tiempo sobre la embarcación y el peligro quedó conjurado.

Sentada a bordo, Imma estalló en un violento e incontenible sollozo.

—¡Hija, por poco se...! Bueno, maldita sea.

—Cálmese, Douglas, usted no tiene culpa de nada —le dijo Howard.

—Esos malditos tiburones —gruñó González.

Sacando una pistola, comenzó a dispararles hasta agotar el cargador del arma, hiriendo a varios de ellos.

—Regresemos —ordenó Cecil Douglas lacónico.

Tab miró a la muchacha y le puso una mano sobre el hombro, pidiéndole:

—Tranquilízate, todo ha pasado ya.

—¿Todo? Tú sabes que no, Tab, tú sabes que no.

La proa de la motora giró unos grados para iniciar el regreso a Miami, surcando las peligrosas olas. La mancha de sangre, donde unos tiburones agonizaban, quedó atrás mientras sus congéneres les rodeaban, preparados para empezar a arremeter contra los caídos.

CAPÍTULO IV

En su gran parte, las embarcaciones tenían luces de señalización encendidas. El mar se había calmado y brillaba una amplia luna en el cielo estrellado de Miami.

Paciente, con precaución, Tab H. Howard aguardaba a distancia, vigilando. González no había abandonado aún los muelles, se había quedado componiendo su motora y no parecía dispuesto a salir.

No se fiaba del cubano-norteamericano, no le había gustado su comportamiento a bordo de la motora.

Había observado con atención el seguro del cinturón que lo fijara a la silla de pesca, haciéndole perder unos segundos preciosos. De no tener el cuchillo casualmente al alcance de la mano, no habría podido hacer nada por Imma, la cual hubiese sido despedazada y engullida por los tiburones en breves instantes. Sólo que uno de los voraces escualos la hubiera acertado en el cuerpo con su doble hilera de dientes, Imma se habría ya dado por muerta.

No había dicho nada a González respecto al bloqueo del cinturón, podía deberse a una casualidad, aunque Tab no lo creía así. Prefirió no alertarlo, no indisponerse en su contra, dejarlo estar para vigilarlo después.

La historia que le había contado el propio Cecil Douglas respecto a la forma en que lo contratara, también le había hecho recelar.

Tab había averiguado en la dirección, comprobando que González, junto con su embarcación, era nuevo en la ciudad, ni siquiera tenía la motora matriculada en Miami. Había pedido permiso de trabajo, eso era todo, y como en aquella zona había manga ancha para favorecer a los cubanos inmigrantes, las autoridades no le habían opuesto reparos, máxime siendo en apariencia el propietario de la nave.

No le gustaba González, pero no podía estar seguro de si tenía algo que ver con la historia que le había contado Imma. También

hacía falta saber qué conexión podía tener con el euroasiático que viera a bordo del trirreactor.

Le hubiera gustado ver aparecer por el embarcadero al euroasiático con sus dos guardaespaldas, pero habría resultado demasiado fácil, pensó.

Al fin, González abandonó el embarcadero. Mirando suspicaz en varias direcciones, se dirigió al aparcamiento.

Howard le había pedido el coche prestado a Imma. Sabía que no era un auto excesivamente potente y confiaba que González no corriera demasiado tratando de escapar.

Le vio salir por la puerta principal para vehículos particulares. Tab. H. Howard ya había saltado la cerca como un ladrón furtivo, exponiéndose a que le detuviera el vigilante.

Se puso al volante del descapotable y arrancó siguiendo a González. Quizá fuera una persecución estúpida, pero su sexto sentido le advertía que en aquel tipo había algo sucio. Era difícil adivinar lo que le podía estar ocurriendo a Cecil Douglas, quien parecía hallarse perfectamente. Disfrutaba de sus vacaciones y en apariencia no tenía problemas. ¿Dónde radicaba el peligro, pues?

González aparcó cerca del Chipper Frontón y descendió del automóvil entrando en el recinto deportivo donde se jugaba al Hi-Li

y se cruzaban las consabidas apuestas.

Le siguió, no quería perderle de vista.

Introdujo unos centavos en una vendedora automática y se hizo con una bolsa de pop-corn

. Con ella en la mano, penetró en el recinto.

Tomó asiento en un lugar discreto y no tardó en descubrir a González. Tab comenzó a comer las palomitas de maíz, era una forma de ocultar el rostro con la mano y sin llamar la atención. Allí, el

pop-corn

se consumía a millares mientras los jugadores del frontón lanzaban una y otra vez la pelota contra la pared de hormigón y los apostadores empleaban su jerga.

González saludó a varios hombres, algunos de ellos también de origen cubano. Howard trató de reconocer rostros sin conseguir

resultados positivos.

De pronto, sonriendo, González se puso en pie y abandonó el recinto. A prudente distancia, Tab le siguió. Quizá sólo perdiera la noche, pero tenía que estar seguro sobre el hispanoamericano. Tenía que comprobar si era accidental la caída al agua de Imma cuando ésta se hallaba infestada de tiburones.

Le siguió por la calle. Había luces, mucha gente, ambiente de diversión, personas de Nueva York o Chicago olvidándose del frío de sus ciudades y también muchos estudiantes que por pocos dólares querían pasar unas vacaciones en la península de los millonarios. Muchos de ellos lo conseguían, ya que no aspiraban al lujo de los grandes hoteles y dormían por las playas.

González penetró en un club con escasa iluminación interior y mucho olor a alcohol y tabaco. Tab hubiera jurado que por lo menos un diez por ciento de los que estaban allí se dopaban con marihuana, pero aquél no era asunto suyo en aquellos momentos.

González se sentó en una mesa para contemplar el *show* que resultó de lo más atrevido.

La supuesta bailarina era una mulata de cabellos platinados y color claro de piel, aunque mucho de su cuerpo tenía maquillaje. Tab pensó que en Nueva York aún se podían ver espectáculos más amorales, pese a que la actuación de la mulata distaba mucho de ser un fino streep-tease.

Se mantuvo en el mostrador y una chica del club se le acercó. Tab se limitó a encenderle un cigarrillo y a convidarla a una copa para no llamar la atención.

González dejó que una chica del local se sentara a su mesa. Bebió con ella y luego le dijo algo al oído. Se rió y, despreocupadamente, abandonó la mesa para caminar hacia los lavabos.

Tab era un profesional y desconfiaba de los lavabos públicos que podían ser una disimulada segunda salida del local. Algunos tipos tenían un aire desenfadado, como demostrando que nada temían y luego terminaban desapareciendo como disueltos en el aire. No quiso arriesgarse a permanecer toda una noche esperando en el mostrador y le dijo a la chica:

—Ahora vuelvo.

—Te espero, encanto. Tomaré otro doble a tu cuenta.

—Como quieras.

Se dirigió a los lavabos.

Había poca luz en el pasillo. Empujó la puerta, allí olía mal, a orín, a suciedad. Un tipo terminaba de realizar sus necesidades, saliendo de uno de los sanitarios.

Aquel sujeto soltó una imprecación obscena y abandonó los aseos.

Tab se mosqueó, allí no parecía estar González, tiró la ventana; estaba enrejada y por ella no podía haber salido.

Había tres puertas que ocultaban otros tantos excusados. Uno de ellos estaba abierto y totalmente vacío. El segundo, medio abierto y oliendo que daba náuseas. El tipo que acababa de marcharse debía de tener descomposición intestinal, pero Howard no tenía tiempo para pensar si era agradable o no estar allí.

Sólo se fijó que del tercero de los retretes salía sangre por debajo de la puerta cerrada.

Adelantó unos pasos. Miró la sangre y empujó la puerta que cedió, no estaba cerrada por dentro.

Allí, frente a él, con los ojos abiertos, estaba González. Medio encajado en el sanitario, tenía la cabeza ladeada, sostenida en parte por la pared. En su cuello aparecía un impresionante tajo; lo habían degollado como a un cerdo.

El asesino debía andar cerca y González aún podía tener algo encima que lo delatara. Al inclinar su mano hacia delante, el cubano se derrumbó de costado, quedando en una postura más que grotesca, medio encajado en el sanitario y contra las paredes del angosto recinto. La sangre ya llenaba el suelo.

De pronto, Tab H. Howard sintió un intenso y agudo dolor en la espalda.

Se tambaleó, volviéndose, y pudo ver la puerta del lavabo moverse. Quiso buscar con la mano lo que tanto dolor le infería en la espalda y su vista se nubló.

Dio unos trapiés hacia la puerta y ésta semeje bailar ante él. Estiró su mano engarfiada para alcanzarla, más se derrumbó, ennegreciéndose todo a su alrededor mientras en una horrible pesadilla veía a González con los ojos abiertos, sentado en la letrina y degollado como un puerco en el matadero.

CAPÍTULO V

Si le hubieran inyectado una botella de *whisky* californiano en las venas, no se habría sentido peor, con más jaqueca y náuseas, que en aquella especie de resaca de la que despertaba.

Abrió los ojos súbitamente, de una forma total, separando por completo los párpados.

La luz no hirió sus pupilas; en la estancia solo había una bombilla recubierta con papel rojo y de una forma burda, era como la habitación de un hotel de cuarto o quinto orden.

Olía a colonia barata y a humedad. Sin moverse, sólo dando giro a sus pupilas, miró en derredor, descubriendo un rostro femenino enmarcado por un espejo, un rostro que le estaba mirando.

—¿Despierto ya?

Tab H. Howard la observaba a través del espejo, pues ella le daba la espalda. Vestía una bata roja y transparente, ribeteada en negro, sin calidad, pero sensual. Su cabello era trigüeño y acartonado, peinado con excesiva laca.

—¿Quién eres tú?

—Vaya, ni te has enterado, claro que llevabas una «curda» de las de campeonato.

Howard se incorporó en la cama, percatándose de que bajo la sábana, su cuerpo no tenía más cobertura que la piel con la que había venido al mundo.

—¿Y mi ropa?

—Ahí, en la silla. Por lo visto, no te acuerdas de nada.

Tab H. Howard achicó los ojos. Recordó a un psicópata pirata aéreo; a una bellísima joven llamada Imma, hija del hombre que le enseñara los primeros pasos en la labor de agente federal; los tiburones y también a un cubano degollado en los lavabos de un club de escasa categoría. Después, mi intenso dolor en la espalda y ahora se hallaba en una habitación, con una mujer a la que no

había visto jamás y que le decía que había estado borracho.

—¿Cómo he llegado aquí?

—Estabas dando tumbos por la calle y yo estaba cerca. En fin, lo de siempre. Puedes dejar los veinticinco pavos sobre la mesita, aunque, debería cobrarte más. He perdido a otros clientes por no haber logrado despertarte, parecías un bebé. Una no deja de tener su sentido maternal y, además, tú me caes bien. Eres guapo. Aunque estuvieras como una cuba, todos los días no se encuentra una con un tipo de tu plante y, la verdad, creí que no podrías...

—¿Que no podría qué?

Ella se echó a reír.

—Pues sí has podido. Anda, deja el dinero y cuando quieras encontrarme, pregunta por la Pulga.

Tab, a velocidad de relámpago y mientras se vestía, tratando de limpiar su cerebro de brumas, se preguntó por qué llamarían a aquella mujer la Pulga. ¿Por ser pequeña, por saltarina o porque chupaba la sangre?

Medio vestido, sin abrocharse la camisa y con la corbata en el bolsillo, se acercó a la puerta.

—Oye, preciosa, tú sabes más de lo que están dando a entender.

—¿Yo?

—Sí, no me vas a hacer creer que estando yo dormido no me has registrado la cartera.

—Ya, un federal. No, no soy tan tonta.

—Por lo menos, has encontrado mi carnet.

—Sí, y puedes contar tus billetes. Yo no quiero líos con la policía, claro que los federales, por muy federales que seáis, también tenéis debilidades. No temas, no iré a contarle a nadie que ibas con una cuba o que te has venido conmigo.

—Al diablo. ¿Para quién trabajas?

—Oye, yo no me meto en líos. Déjame en paz, paga y lárgate. Si llego a saber antes de lo que debía pasar que eras federal, te dejo en la calle.

—¿De modo que me has encontrado ebrio, te has creído que era un cliente borrego para ti y eso es todo?

—Exactamente. ¿Ocurre algo malo? Te advierto que si tratas de empapelarme contaré a todos que estabas borracho y lo demás.

Se dijo que tratar de sonsacar a aquella lumia de barrio bajo iba

a ser tarea inútil. Quizá ella dijera la verdad y efectivamente le hubiera encontrado en la calle tal como aseguraba; a lo peor le habían embriagado, toda su ropa olía fuertemente a *whisky*.

Abrió la puerta despeinado, con ganas de ducharse, sintiendo náuseas y ansioso de encontrarse con el tipo que le había dormido en los lavabos del club (posiblemente con un dardo narcotizante de gran efectividad) para hacerle la cirugía estética-facial en directo y utilizando como bisturí sus propios puños.

Salió al pasillo y se percató de que las escaleras estaban demasiado empinadas, por lo menos para sus piernas, debilitadas y torpes por el alcohol y los narcóticos utilizados en su contra para quitarlo de en medio.

—¡Eh, granuja, mi dinero, que una no trabaja gratis! —chilló la mujer asomada a la puerta.

Howard se olvidó de la rameruela y siguió descendiendo. Aquella maldita escalera tenía muy poca luz, era empinadísima y los peldaños de madera crujían bajo su peso. No se veía ascensor por parte alguna y toda ella olía a humedad, a podrido. ¿Dónde diablos lo habrían metido?

Casi al final de la escalera, vio venir a dos tipos en su contra.

Sonreían cínica, sádicamente, mientras sacaban unas porras de plomo recubiertas de caucho, cortas y contundentes, que sujetaron fuertemente a sus manos mediante tiras de piel. La lumia debía haber pulsado alarma indicando que el cliente era insolvente.

Tab H. Howard sacudió la cabeza, se sentía mareado. Su aspecto desaliñado debió dar la impresión a aquellos tipos de que era un beodo infeliz y uno de ellos, sin dejar de mascar chicle, gruñó:

—Lo vamos a dejar más blando que un pulpo de veinte libras servido en filetitos en el Hilton.

Aquellos dos matones parecían querer desahogar su sadismo en su contra. Tab H. Howard se dijo que, decididamente, aquél no era su día de suerte, es decir, su noche o lo que fuera...

—Vamos, os daré los veinticinco pavos y dejémonos de tonterías —masculó tratando de evitar una pelea absurda.

No estaba en la situación física más óptima para meterse en trifulcas que no le iban y venían. Intuía que era una pura casualidad al haber ido a parar a aquella especie de burdel.

—No, amigo, tú mereces una lección, te querías largar sin pagar.

Cuando te dejemos sacando sangre hasta por las orejas, te quitaremos lo que debías de pagar y listos. Hay que enseñar a los tipos como tú, así no repiten la experiencia.

—¡Por todos los diablos, yo no he buscado a esa lumia!

Pensó en decirles que era federal, pero se imaginó a sí mismo, ya que no tenía un espejo delante, y se dijo que no era aquélla la mejor imagen que podía ofrecer un representante del FBI. Reaccionando, gruñó:

—Está bien, se terminó el asunto, fuera de aquí.

Los matones, dos gorilas como catedrales y armados con las contundentes porras, se rieron de Howard.

—Cuando salgas por esa puerta, no te acordarás de nada, ya lo verás —le dijo uno ya preparado, arqueando su cuerpo.

Howard tensó sus músculos, preguntándose si le obedecerían o terminaría en el suelo convertido en un guñapo y a merced de aquellos matones que descargarían sus porras una y otra vez contra él.

Brincó hacia delante, sorprendiéndolos.

Lanzó un grito fuerte, viril, seco y flagelante como un látigo, era una expresión de karate. Howard se había convertido en una especie de fiera acorralada dispuesto a emplear la lucha en la que estaba bien preparado.

Cuando uno de los dos matones creía que se le venía encima, fue el otro quien recibió el mayor patadón de su vida en pleno rostro.

Ante los ojos estupefactos de los gorilas, durante brevísimos instantes, Howard quedó horizontal en el aire, suspendido a la altura de sus cabezas.

Su rodilla derecha se disparó y la suela de su zapato lanzó contra la pared la cabeza de uno de sus contrincantes que, rebotando, quedó fuera de combate.

La porra del otro matón cortó el aire frente a los ojos de Tab H. Howard, quien apartó rápidamente la cabeza esquivando el golpe mientras un puñetazo seco de su diestra encontraba el plexo solar de su adversario.

Mientras el tipo buscaba aire con avidez, Tab descargó los cantos de sus manos al mismo tiempo sobre ambos riñones del gorila. Luego, se giró y le taloneó el bajo vientre. Con el codo, hacia atrás, le propinó un certero y preciso golpe en el mentón que lo

dejó K. O. tendido en el suelo del vestíbulo de la escalera.

Sacudió la cabeza y respiró hondo.

Su cuerpo le había respondido y, sin armas, había logrado desembarazarse de aquellos dos matones de burdel.

Salió a la calle. Era de noche y el suelo estaba acharolado. Algunos transeúntes, pocos, le observaron con recelo y caminaron aprisa. Su aspecto no era el más idóneo para irles a preguntar la hora.

Se dijo que, si encontraba a su paso una de las piscinas que tanto abundaban en Miami, se tiraría de cabeza a ella sin pensarlo un segundo.

Caminó por varias callejas hasta desembocar a un lugar amplio. Allí había rejas y un muelle. De pronto, se quedó quieto, como si acabaran de asestarle un mazazo en pleno cráneo.

—Por todos los demonios, si estaba en Miami... —Miró en derredor sin dar crédito a lo que estaba viendo—. Esto es Manhattan el Hudson River, Nueva York... No lo entiendo. ¿Estaré viviendo una pesadilla?

—Oiga, amigo...

Se volvió. Junto a él había dos agentes de la policía Metropolitana, dos irlandeses casi tan altos como él.

—Buenas noches —saludó—. Díganme que no estoy durmiendo y que esto es Nueva York.

Los agentes se miraron entre sí, sonriendo irónicos. Uno de ellos respondió:

—Los hay que cogen unas borracheras de las que se acuerdan toda la vida, pero la suya bate todos los récords. Veamos, la documentación.

—¿La documentación? —repitió perplejo.

—Sí, y me temo que tendrá que acompañarnos a la estación de policía más próxima.

—Esta jugada me la pagarán —gruñó entre dientes. Sacando su cartera, se identificó—. Agente federal Tab H. Howard.

Los dos irlandeses no lograron disimular su asombro. Aquella noche estaba deparando sorpresas para todos.

CAPÍTULO VI

Imma Douglas se hallaba tendida en una hamaca dentro del jardín del *cottage* marinero que tenía en Miami.

Los rayos solares tostaban su sedosa piel, filtrándose a través de la grasa cosmética que en forma de «sprit» se había pulverizado para evitar quemaduras y conseguir un mejor bronceado, cuando Tab H. Howard la saludó.

—¡Imma!

—¡Tab!

La exclamación de la muchacha era sincera, espontánea.

Se incorporó en la hamaca quedando sentada. El bikini no ocultaba su belleza natural ni la deformaba. Imma tenía una rabiosa y atractiva ingenuidad que agradaba mucho a Tab desde que la descubriera transformada de niña a mujer.

—Os he estado llamando por teléfono desde larga distancia y no ha habido forma de comunicarme con vosotros.

—Tab, siéntate. —Señaló una silla junto a la tumbona y mientras el hombre se acomodaba, sin dejar de observarla a través de sus gafas de sol, añadió—: Tenemos el teléfono estropeado.

—Vaya, y yo tratando de hablaros desde Nueva York.

—¿Desde Nueva York? Pues sí que has ido rápido.

—Sí, son muchas millas de Miami a Nueva York y luego volver, miles de millas, suerte que los aviones vuelan aprisa.

—Te marchaste tan sorprendente...

—Sí, debo admitir que fue un viaje relámpago hasta para mí mismo. Hubiera deseado devolverte el coche.

—Si me lo devolviste. Lo hallé aquí, delante de la casa, al día siguiente.

—Vaya, piensan en todo.

—¿Piensan en todo, de quienes hablas?

—De los tipos que asesinaron a González.

Lo miró incrédulo con sus grandes ojos azul claro.

—No comprendo nada, Tab, si González está vivo.

—¿Vivo? Me temo que no es así. Yo lo vi muerto anteanoche.

—No puede ser, anoche se despidió de papá, yo lo vi. Le pagó y se fue. Creo que se quería marchar de Miami.

El incrédulo fue ahora Tab H. Howard, recordando el desagradable suceso de los lavabos del club.

—¿Estás segura de que era González?

—Naturalmente.

—Y tu padre, ¿qué dice a todo esto?

—Papá no está, ha tenido que marcharse.

—¿Adonde?

—Lo ignoro, jamás lo dice cuando es acto de servicio. Me ha pedido que aguardara aquí hasta que termine su trabajo y entonces proseguiremos las vacaciones.

—¿Te ha dicho qué clase de misión iba a realizar?

—No, en casa nunca habla de su trabajo que generalmente es secreto, altamente reservado. La verdad es que papá y yo dialogamos poco.

—¿Estás segura de que se ha marchado por misión federal?

—Supongo que sí. Yo quedo completamente al margen de su trabajo.

—¿Y cuándo dices que se ha estropeado tu teléfono?

—Fue después de marchar él. He ido a un teléfono público para dar el aviso a la compañía y me han dicho que pasarían a revisar el aparato.

—¿Lo han hecho ya?

—Sí, pero dicen que la avería no está en nuestra casa, deben de ser unos enlaces que, por alguna causa, se habrán quemado. Me han asegurado que tratarán de componerla lo más rápidamente posible.

—Imma, todo esto es muy extraño.

—¿Qué es lo que te preocupa, Tab, acaso las pesadillas que te conté?

—Esas pesadillas fueron el punto de partida. Después, tu caída al océano cuando los tiburones.

—Te confieso que pasé un miedo atroz. De no ser por ti, habría muerto.

—Aquel tipo maniobró la motora de forma que tú cayeras al

agua cuando los tiburones se hallaban cerca. Quería desembarazarse de ti.

—Sí, eso pensé yo. Nuestras miradas se encontraron cuando yo resbalaba por la motora para caer al agua, pero luego, al despedirse, me dije que quizá tenía demasiada imaginación.

—No, no la tenías. Yo seguí a González.

—Pero, has dicho que lo asesinaron y ayer estaba vivo.

—Sí, es algo que no concuerda.

—¿Quieres decir que uno de los dos miente?

—No, el no estar de acuerdo no significa que uno de los dos mienta.

—Entonces, es que uno está loco.

—Si yo fuera un tipo normal, si no me hubiera metido ya en muchos líos, creería que sí estoy enloqueciendo, pero en mi profesión, donde se emplean las argucias más inimaginables, todo es posible.

—¿Hasta que uno se ve dentro de una camisa de fuerza?

—Podría ser. Te diré que cuando vi a González asesinado, a mí también me pincharon con ese narcótico que tú mencionaste.

—¿Cómo?

—Me dispararon en la espalda y, cuando desperté, no puedes imaginarte cómo me encontraba.

—¿Pensaste que todo se debía a una pesadilla?

—Cuando desperté, estaba en Nueva York —dijo omitiendo todo lo referente al lugar concreto donde había despertado.

—¡No es posible! ¿Insinúas que no sabes cómo viajaste hasta Nueva York?

—No, no lo sé. He tratado de averiguarlo yendo a las compañías aéreas, pero, aparte de lo ocupados que allí están, no he conseguido aclarar nada. Quizá he viajado dentro de un baúl, quizá en un reactor particular, lo ignoro. Sólo sé que he tenido que coger a escape otro avión para regresar a Miami en el mínimo de tiempo posible, y que ya me estoy cansando de pasarme la vida en las nubes en el más amplio sentido de la frase.

—Pero ¿por qué iban a llevarte a Nueva York en contra de tu voluntad?

—Lo ignoro, pero tengo un rostro grabado entre ceja y ceja.

—¿Cuál?

—El del euroasiático que tú dibujaste. Me da en el espinazo que ese tipo podría contarme muchas cosas sobre lo que me ha ocurrido en las últimas horas.

—Y yo que creía que lo de papá sólo había sido una pesadilla mía... Al desaparecer tú, casi me había llegado a convencer a mí misma. Papá estaba de buen humor. Se ha lamentado de que te marcharas sin avisar, pero encogiéndose de hombros lo aceptó diciendo que nunca se sabe cuándo un federal va a llegar o a partir, pues así lo exigen sus altas misiones secretas en defensa de Estados Unidos.

—Eso es cierto. Nunca se sabe dónde comienza nuestra misión y dónde termina, aunque en ocasiones sea en el cementerio.

—No estarás hablando así por papá, ¿verdad...?

—Estoy de vacaciones, Imma, unas vacaciones que están resultando extrañas y movidas. Tu padre me preocupa.

—¿Qué crees que le puede estar pasando?

—No lo sé. Me hubiera gustado encontrarlo aquí para hablar claramente con él, pero se ha marchado y ni tú ni yo sabemos adónde.

—Alguien lo sabrá, ¿no?

—Ignoro qué tipo de servicios venía realizando últimamente. Entre los distintos departamentos federales se guarda absoluta reserva en torno a las misiones a realizar. Hay misiones que son de investigación, de búsqueda de los que infligen la ley federal en cualquiera de sus puntos. Después, hay misiones de simple observación y presencia como las oficinas federales de inmigración y quedan las labores de protección. No hay que olvidar que dependemos de la Secretaría del Tesoro. Hay agentes custodiando los bienes federales y otros defendiendo el patrimonio secreto en contra del espionaje. La labor del FBI es muy amplia y diversa y en todas partes hay individuos que atenían contra lo federal, en muchos de los casos poseyendo grandes inteligencias, aunque retorcidas y dedicadas al mal cuando podrían emplearse en bien suyo y de todos los norteamericanos.

—¿Tratas de decirme que papá puede estar atrapado en una complicada tela de araña tejida por una mente peligrosa y hábil que busca unos objetivos concretos?

—Imma, lo único que puedo decirte es que será mejor que

aclaremos la situación antes de que sea demasiado tarde. Si quieres vivir las horas complicadas de un agente federal, ponte algo más encima del bikini y vámonos.

—¿Adonde?

—Comenzaremos por la Morgue.

—¡Tab!

La joven Imma Douglas, que despertaba a la vida como mujer, no pudo ver las pupilas del hombre que se escondían tras las oscuras gafas de sol. Sólo se vio a sí misma reflejada en los cristales y un pensamiento veloz cruzó su mente: Deseaba que Tab la contemplara como se veía ella misma; estaba plenamente satisfecha de cómo la madre Naturaleza se había portado con ella.

CAPÍTULO VII

Imma Douglas aguardaba fumando intranquila y nerviosa en la sala de espera de la Morgue. Era la primera vez que pisaba aquel lugar y sólo pensar en lo que allí se retenía, le producía escalofríos.

Había tanto silencio que al escuchar con claridad unos pasos, se volvió. Su mirada interrogante buscó la de Tab H. Howard que era quien se acercaba.

—¿Algo importante?

El hombre movió la cabeza negativamente.

—Ni rastro.

—¿No lo soñarías?

—No, no soñé, pero alguien se ha propuesto que confundamos la realidad con las pesadillas.

—Las drogas provocan sueños espantosos que se parecen a la realidad de tal modo que hay quien no encuentra la forma de diferenciar lo auténtico de la fantasía.

—Lo admito, pero a mí me dispararon el dardo narcotizante después de haber visto a González asesinado.

—Pero su cadáver no está aquí.

—No, no está aquí ni ha estado. No han recibido a nadie de las características que he dado. Hay varios cadáveres y algunos de ellos llevan mucho tiempo dentro del frigorífico pendientes de identificación, pero ninguno de ellos es González.

—¿Y qué piensas hacer ahora?

—Comprobar que no tuve una pesadilla.

—¿Cómo?

—Vente conmigo.

Abandonaron el depósito y subieron al coche. Tab H. Howard lo condujo dirigiéndose hacia el club que recordaba. Aparcó el descapotable y pidió a Imma:

—Aguarda aquí hasta que vuelva.

—¿Puedo ir contigo?

—No, es mejor que no lo hagas. Ese local no es de los más edificante.

—Como quieras.

Tab se dirigió al club. Estaba cerrado, aunque había una puerta lateral que cedió al ser empujada. De inmediato apareció un individuo que le cortó el paso.

—¿Adónde va, amigo? Todavía no es hora de diversión.

—Sólo quiero ir a los lavabos.

—Si tanta prisa tiene, váyase a un bar. Aquí sólo se puede entrar por la noche.

Aquel tipo no parecía conocerle ni él lo había visto antes. Pensó que, si se identificaba como agente federal, sólo por ser vigilante de un club amoral, lo miraría con suspicacia y le impediría el paso salvo que llevara una orden judicial de registro, orden que, por supuesto, no tenía.

Por ello, decidió recurrir al ardid de sacar unos billetes que mostró a aquel sujeto al tiempo que hacía muecas de disgusto.

—Cualquiera sabe lo que me han dado de comer.

El hombre tomó los billetes y dijo:

—Vaya al fondo y dese prisa.

—Okey.

Vigilado desde lejos para que no se torciera en su camino, Howard penetró en los lavabos.

Aquello seguía oliendo mal. Miró los tres excusados y abrió la puerta tras la que recordaba haber visto al hispanoamericano.

No había huellas aparentes de sangre, lógicamente había sido limpiado. Buscó y halló salpicaduras en las paredes.

—Sangre...

No le cabía duda de que era sangre. Habían fregado bien el suelo, pero no las paredes. Allí estaba la prueba de que no había soñado.

Escuchó pasos y tiró de la cadena, produciendo el ruido consiguiente. Después, abandonó el excusado.

Ante él había tres sujetos cortándole la salida. Uno de ellos era el vigilante y los otros dos usaban camiseta marinera. A juzgar por sus bíceps, doblarían con facilidad una barra de acero de una pulgada de grosor.

—Bueno, ya estoy listo —dijo forzando una sonrisa para evitar suspicacias, aunque era fácil deducir que aquellos tipos no parecían muy contentos por su presencia en el club.

—Oye, amiguito, ¿qué andabas buscando? —le interrogó el vigilante.

—Ya se lo he dicho.

—Vamos, vamos, aquí no nos chupamos el dedo. Nadie da cinco dólares por entrar en un retrete.

—Bueno, creo que tengo que decir la verdad.

—Es lo mejor que puedes hacer antes de que te abones a la escayola. No vas a tener menos de tres huesos rotos cuando salgas de aquí —le advirtió el vigilante.

—Llebadme ante vuestro patrón, a él se lo diré todo.

—Cuéntalo ahora —exigió el vigilante.

Tab dedujo que, si habían limpiado la sangre, algo tendría que ver el propietario del local con el asesinato de González. Por ello, se interesó en ver a aquel personaje totalmente desconocido.

—Bueno, había escondido una cosa, pero se lo diré a vuestro patrón.

—¿Estabas vendiendo droga aquí? —preguntó uno de los matones que acompañaban al vigilante.

—Este sitio ya tiene sus vendedores —gruñó el otro.

—¿Sí? Entonces, vais a darme sus nombres, soy agente federal.

Los tres quedaron perplejos. El vigilante repitió:

—¿Agente federal?

—Sí.

—Muéstrenos el carnet —pidió uno de los matones—. Hay muchos agentes *full*.

Howard echó mano a su cartera, pero sabía muy bien lo que iba a ocurrir. Lo había leído en los ojos de aquellos sujetos, conocía sobradamente su forma de actuar y no le pillarían desprevenido.

Por ello, no agarró la cartera y cuando ellos creían que tenía la mano trabada en el interior de la chaqueta, se lanzaron en su contra.

—¡A por él! —gritó uno.

Tab H. Howard recibió al primero taloneándole la boca del estómago, lo que le hizo saltar en el aire y golpearse contra el sucio suelo de una forma tan violenta que el chasquido de sus dientes

hubiera estremecido a un asiduo de las primeras filas de *ring* en combate de pesos pesados.

El segundo de los matones fue volteado con limpieza por encima de su espalda. Derribó una de las puertas de los excusados, quedando encajonado en su interior mientras mascullaba y rugía obscenidades ininteligibles.

El vigilante había sacado una navaja, pero, de un certero puntapié, Howard se la arrancó de la mano, quedando clavada en el techo ante la sorpresa del desarmado.

El que había caído primero al suelo, reaccionó cogiendo a Tab por un pie, pero el federal, con la zurda, le alcanzó con un golpe seco en el mentón, dejándolo fuera de combate.

El vigilante trató de huir aprovechando los breves instantes que tenía de tiempo, pero Howard corrió tras él. Estiró sus pies y trabó su carrera, haciéndolo aterrizar contra una silla.

—¡Espere, espere, le llevaré ante quien quiera ver!

—Eso está mejor —aceptó Tab H. Howard al tiempo que se volvía sobre sí mismo.

Paró dos golpes con los antebrazos y replicó con un puñetazo en el rostro del sujeto que había escapado del retrete después de desmontarlo con sus cien kilos de peso.

—Blandos, demasiado blandos. La vida de club os hace de mantequilla y ahora, tú, levántate.

El vigilante, incrédulo ante lo que sus propios ojos habían presenciado, obedeció cojeando y se apresuró a decir:

—Sí, sí, no pretendíamos obstruir la ley, claro que, si no tiene orden de registro, no puede...

—Cierra el pico, yo no he registrado nada, sólo he hecho que defenderme ante el ataque de unos gorilas.

—Sí, sí, claro.

El empleado le hizo atravesar el local vacío. Estaba limpio y con las sillas sobre las mesas. Se introdujeron en un corredor y el hombre se detuvo frente a una puerta.

—¿Está ahí dentro?

—Sí.

—Bien, pasa delante.

Tab H. Howard abrió la puerta y empujó al vigilante por si se trataba de una trampa.

El despacho era cómodo, aunque poco elegante y sí recargado de objetos inútiles, pasados de moda.

—Hola, Stward. ¿Qué es lo que sucede?

Tab había visto la amplia mesa escritorio, más a nadie detrás de ella. Sin embargo, había un biombo por el que asomaba una cabeza de mujer, bella y sensual, de abundante cabello azabache y labios gruesos, húmedos y brillantes.

—*Blues*, este hombre quería verte.

—¿Una mujer la propietaria de este club? —preguntó Tab mirándola.

—¿Por qué no, acaso eres antifeminista? —replicó ella con una voz algo cargada, pero muy acariciadora.

—No, sólo que hubiera deseado encontrar aquí a otra persona.

—¿A otra persona, a quién en particular?

—No forzosamente, bueno, puede que le parezca un estúpido, pero me ha sorprendido usted después de haber dejado a sus matones fuera.

La mujer salió del biombo. Lucía un vestido áureo-verdoso que la ceñía desde el busto a los pies. Era como la sedosa piel de una bella serpiente, pero Tab vio más, mucho más.

La diestra de aquella mujer que se apodaba *Blues* estaba levantada, y aunque de su muñeca colgaba una gruesa cadena con esmeraldas, no fue la joya lo que llamó poderosamente su atención, sino la pistola que empuñaba y con la cual le estaba encañonando, un «Colt Comander» del calibre 22, modelo lujo.

Había visto a muchas mujeres empuñando un arma.

Blues era de las que no temblaban. Su mano estaba firme y no agarrotada y el seguro se hallaba quitado, lo que indicaba que no era torpe. Buscó en la profundidad de sus ojos grandes y oscuros y ella sonrió con ligera suficiencia, mostrando unos dienteillos iguales y tan perfectos que, más que la obra de la madre Naturaleza, debía de ser la obra de un excelente y costoso dentista.

—¿Te estás preguntando si seré capaz de disparar?

—Por la seguridad con que habla, yo diría que no sería la primera vez.

—¿Me consideras una asesina?

—*Blues*, es un agente federal, por lo menos eso ha dicho.

—Vaya, vaya, con que un agente federal. Stward, regístralo,

pero no te pongas entre mi pistola y él. Podrías llevarte tú la bala.

—Sí, *Blues*.

Stward le cacheó mientras ella le mantenía encañonado. Luego, el vigilante le quitó la cartera y dijo:

—No lleva armas.

—Mira si es cierto que es federal.

—Sí, aquí lleva el carnet, se llama Tab H. Howard.

—A ver su foto.

Stward se la mostró y ella, con coquetería femenina, observó:

—Me gusta más al natural, agente. —Bajó el arma y agregó—: Me disculparé por lo de la pistola, pero en un lugar como éste se reciben visitas desagradables y hay que estar prevenida, claro que ahora que queda demostrado que es un federal, ya no hay que temer nada.

Stward miró a Howard con recelo. Éste recuperó de un tirón su cartera y su carnet. Después, preguntó:

—Para poder charlar, ¿hemos de tener testigos como éste? Quizá haga falta que vaya en ayuda de los otros dos.

—Ya has oído, Stward, vete. —El vigilante quiso protestar, pero *Blues*, antes de que consiguiera articular palabra, añadió—: Estando al lado de un hombre del FBI, se supone que estoy protegida y nada puede pasarme. ¿No es así, inspector?

Tab se preguntó si aquella mujer, además de hermosa, sería la más cínica con la que se había topado a lo largo de su azarosa existencia.

CAPÍTULO VIII

Imma Douglas aguardaba pensativa, fumando un cigarrillo. Su mirada sólo en contadas ocasiones se desviaba de la puerta del club por la que había penetrado Tab H. Howard.

Tras la marcha de su padre y la súbita desaparición de Howard, había llegado a pensar que sólo era una maniática, pero el regreso de Tab, con su extraña historia sobre el club y el asesinato de González, lo cual le costaba de creer, pues ella lo había visto personalmente después de su supuesta muerte, aún embrollaban más su mente.

Resultaba muy difícil saber dónde comenzaba la verdad y dónde las pesadillas.

De pronto, un hombre anodino, pero correctamente vestido, avanzó por el lado de la calzada junto a los coches allí estacionados.

Llegó junto al descapotable de Imma y abriendo la portezuela, se introdujo en él sentándose ante el volante, ya que la joven se hallaba en el asiento de al lado.

—¡Eh, oiga, éste no es su auto!

El sujeto sonrió y accionó el contacto con la llave que se hallaba puesta.

Imma, que no esperaba nada de aquello, quedó desconcertada. Un segundo hombre penetró en su automóvil, empujándola hacia el del contacto.

—¿Qué hacen? ¡Llamaré a un policía! —advirtió.

El que había entrado después, apoyó disimuladamente algo duro en su costado al tiempo que gruñía:

—Si llamas la atención, te van a llevar al lugar de donde has salido antes.

—¿Qué lugar?

—La Morgue, pequeña, la Morgue. —Alzó la voz dirigiéndose a su compañero—. Vamos, Lewis.

El automóvil salió del aparcamiento. La muchacha comprendió que acababa de ser raptada por aquellos dos hombres correctamente vestidos pero de rostro cínico.

—¿Qué quieren, adonde me llevan?

—Haces muchas preguntas. Pórtate bien y no lo lamentarás. Solemos ser algo rudos con las personas que molestan. ¿Verdad, Lewis?

—Correcto —asintió el chófer—. Después de todo señorita Douglas, nosotros sólo somos simples funcionarios.

—¿Funcionarios de qué?

El que la apuntaba con una pistola, mientras el llamado Lewis salía de la ciudad por la carretera de Norte, recomendó:

—Señorita Douglas, no se ponga nerviosa, sólo la llevamos a una cita.

—¿Una cita, con quién?

—Ya lo verá en su momento.

—¡Quiero saberlo ahora!

—A nosotros nos pagan para que mantengamos la boca cerrada, ¿no es cierto, Lewis?

—Sí, Napo.

A Imma le extrañó el nombre de Napo y entonces se percató de que el tipo que la encañonaba tenía un ligero acento extranjero, indudablemente italiano tras conocer el nombre. También se fijó en que tenía una pequeña cicatriz en la comisura del labio derecho, apenas un quinto de pulgada.

—De modo que han estado siguiéndome.

—Sí.

—¿Y por qué no me han abordado antes?

—Nos gustan más las chicas solas que acompañadas, ¿verdad, Napo?

—Y que lo digas, Lewis. A ese tipo no quería verle nadie, que yo sepa.

Imma pensó que era mejor no decirles que Howard era federal. Cuando Howard saliera del club y advirtiera su ausencia, la buscaría, pero ¿dónde?

¿Qué tenían que ver aquellos dos tipos con lo que estaban investigando? ¿Estarían en una buena pista?

—Va muy pensativa —observó Lewis mirándola de reojo

mientras dejaba millas y millas tras la ciudad de Miami.

—Me pregunto quién es el hombre que tiene cara de mestizo euroasiático.

—Hay nombres que es mejor no pronunciarlos —repuso Napo, notándose ahora más su acento italiano.

—Sí, basta con que sepa que es un tipo que mueve mucho dinero y sabe lo que se hace.

—¿Voy a verle ahora?

—No haga más preguntas, encanto. No vamos a respondérselas.

—De modo que es ese euroasiático cuyo nombre no quieren decirme.

—Tiene mucha imaginación, señorita. ¿De dónde ha sacado que hay un mestizo de Asia y Europa?

—Ustedes lo han admitido.

—Nosotros no hemos admitido nada, muñeca —rebatió Napo burlón.

Lewis sacó el coche de la carretera y lo introdujo por un camino de tierra que se internaba en un pinar.

—¿Vive por aquí ese hombre? —preguntó Imma.

—¿Qué hombre? —replicó Lewis irónico.

—Si me llevan a una cita...

—Con quién está citada, no se halla aquí solamente. Puede encontrarle en cualquier parte donde vaya.

—¿Es una adivinanza?

—Eso es, encanto.

El auto se salió del sendero y rodó entre los árboles, dando tumbos. Frente a ellos había una pronunciada pendiente que se veía cortada unos cien pasos más lejos.

—Ya hemos llegado.

—No veo a nadie.

—Eres ingenua, pequeña. ¿Aún no has resuelto la adivinanza?

Imma parpadeó perpleja. Hubiera pensado más, pero Napo le puso las manos en las piernas y su aliento, demasiado fuerte y apesoso cerca de su cara, le molestó.

—¡Quíteme las manos de encima!

—Es una lástima desaprovecharte, muñeca. Seguro que eres virgen todavía.

—¡Napo, déjala! —exigió Lewis.

—¿Por qué no pasarlo bien, ahora que se puede?

—Ésas no son las órdenes. Después, en la autopsia se notaría y debe parecer un accidente o un suicidio, no otra cosa.

Imma palideció intensamente, ya sabía con quién tenía la cita, era una cita con la muerte. Aquélla era la solución al acertijo.

—¿Por qué quieren matarme? —balbució.

—Encanto, ése no es problema nuestro, nosotros sólo cobramos. Hay veces en que el trabajo es desagradable y ésta es una de ellas, ¿verdad, Napo?

—Sí, nos disgusta destruir algo tan hermoso y que podría ser bien aprovechado.

—¿Quién les paga porque me maten?

Lewis miró a Napo, interrogante.

—¿Se lo decimos? Después de todo, es su última voluntad.

Imma miró a Napo; no podía escapar, estaba encerrada entre los dos hombres.

—No, nosotros no tenemos por qué concederle una última voluntad. Hablar siempre es malo.

De pronto, Imma reaccionó de forma inesperada y violenta para los sicarios que alguien había contratado para asesinarla.

Ella sola y desarmada entre aquéllos, dos hombres, no tenía ninguna posibilidad de salvación, máxime en aquel paraje al borde de un acantilado, pues oía el rumor de las olas lejanas batiendo contra las rocas. Todo lo tenía ya perdido y lucharía como fuera, salvajemente, como una fiera acorralada.

Arremetió con los dientes contra el cuello de Lewis, consiguiendo agarrarlo dolorosamente. Mientras el gritaba, Imma había estirado su mano accionando la llave del contacto y aplastando el pie del hombre contra el acelerador.

El automóvil, puesto en marcha súbitamente, brinco al haberle sido dado el máximo de gas y se lanzó por la pendiente mientras Imma recibía golpes para que soltara el cuello de Lewis. En su boca ya notaba la sangre del hombre contra el que luchaba salvajemente en defensa de su vida.

Napo la golpeó en la espalda y agarrándola por el pelo, tiró tan violentamente de él que le hizo saltar las lágrimas, pero Imma no cedió; aunque la hubieran colgado de los cabellos en una viga no habría soltado el cuello de su verdugo.

Todo duró segundos, el coche rodaba por la pendiente a toda velocidad y Napo, viéndose también perdido, optó por abandonar el coche como las ratas a un barco que va a naufragar.

Tras abrir la portezuela, Napo se dejó caer hecho un ovillo sobre la tierra alfombrada por la pinaza mientras el automóvil llegaba al borde del abismo. Debido al impulso tan fuerte que llevaba saltó en el aire.

Imma soltó su presa. Su boca estaba manchada de sangre, lo mismo que el cuello de Lewis. Éste, viendo la espectacular caída, lanzó un alarido.

Imma conocía bien el coche, no tenía que buscar. Tenía noventa y nueve posibilidades de morir contra una de salvarse y esa única restante era la que estaba tratando de aprovechar.

Sus manos, en menos de dos segundos, cogieron las dos piezas del cinturón de seguridad, sujetándolo decante de su cintura mientras la portezuela por la que había escapado Napo seguía abierta como una bandera en el aire.

El automóvil cayó en picado. La altura era grande, abajo había rocas y el océano las batía, afilando sus aristas.

Durante la caída era imposible escapar del interior del auto. Las manos de Lewis, que ya se veía en el infierno, se crisparon sobre el volante, agarrotándose. Después, el coche se precipitó entre dos grandes rocas, chocando de cara contra el agua mientras las ruedas giraban y giraban a gran velocidad, sin hallar ningún rozamiento que las frenara.

El golpe contra el agua fue violentísimo y el ser descapotable ayudó a que se hundiera muy rápidamente, desgajándose parte del coche.

Imma había buscado dentro de sí el máximo de serenidad. Jamás había visto la muerte tan cerca.

El parabrisas se partió, pero en parte había evitado el gran choque inicial del agua contra sus cabezas. Luego, todo se tornó negro y el automóvil, con ellos dentro, siguió descendiendo hacia el fondo, como si éste no tuviera fin.

En lo alto del acantilado, el sorprendido Napo vio desaparecer el coche con Imma y su propio compañero dentro.

Dio una patada instintiva contra el suelo, junto al lugar donde habían quedado las huellas del coche.

—Maldita bruja —masculló—. Esto se pone feo, muy feo, claro que, si nadie ha visto caer el coche, será difícil que los encuentren hasta que haya una mar tranquila que permita ver el fondo, lo que no es frecuente en un lugar como éste donde siempre están batiendo las olas.

Dio la espalda al acantilado. Se quitó los cabellos rubios que se le habían enredado entre los dedos al tirar de ellos con violencia e inició el regreso hacia la carretera andando. En un punto próximo, tenían un coche preparado de antemano.

CAPÍTULO IX

Tab H. Howard se dijo que las mujeres como *Blues* eran tan peligrosas para los hombres como una pitón para los monos. Primero los encantaba, los hipnotizaba para luego engullirlos con gran facilidad.

—Aún no me has dicho qué buscas en mi club, federal, ¿o tienes un nombre más fácil, más asequible? —preguntó insinuante.

—Howard es bastante.

—Bien, Howard. ¿Has venido por orden del juez o por tu propia curiosidad?

—Si lo que preguntas es si traigo orden judicial de registro, te diré que no.

—Entonces es simple curiosidad. No temas, no voy a impedir que husmees en mi club. Puedes ir hasta mi habitación si quieres, el lecho aún está cálido. —Hizo una breve y picara pausa, añadiendo —: Por mi cuerpo, claro. Duermo sola y, a veces, pienso que es muy aburrido, especialmente cuando una se tropieza con un hombre como tú, de tu talla, de tu aspecto.

—A tus matones de afuera no les he parecido tan simpático.

—Lógico, ellos son como bulldogs. Deben vigilar y mostrar los dientes a los visitantes que pueden resultar peligrosos.

—Pues tus bulldogs están ahora algo mellados de la boca.

—Parece mentira que un hombre sólo les haya podido. Howard, creo que no he escogido bien a mis vigilantes. Si tú pudieras darme lecciones respecto a qué tipos debo contratar...

—No he venido a asesorarte, tampoco lo conseguiría. Seguro que tú sabes llevar mejor que yo un club de esta categoría.

—Digamos que he nacido en este ambiente. No te voy a explicar mi vida, no soy lacrimógena ni espero unos dólares de consuelo.

—¿Eres de alta escuela?

—No, sólo que preferí utilizar otros medios y ahora tengo un

negocio propio. Las chicas y hombres trabajan para mí. Ellas lloran y hacen lo que deben para salir adelante; ellos sirven a los clientes.

—Y los apalean, si llega el caso.

—Es lógico, hay clientes que gruñen ante las cuentas y esos asuntos, apenas pequeñeces, es mejor no tratarlos con la policía. Luego intervienen los abogados y resulta más caro y complicado de solventar, por eso lo arreglamos aquí a nuestra manera.

—No soy de la Metropolitana y no tengo nada que ver con esa clase de líos.

—Ya, tú eres un agente federal. —Sacó un par de vasos y una botella de cristal tallado, muy artística, de la que escancié *whisky* —. Supongo que ahora no estás de servicio y puedes beber.

Tab tomó el vaso y alzándolo, dijo:

—Estoy de vacaciones.

Bebió un sorbo, lo hizo de pie y después adelantó hasta la mesa, tomando la pistola de *Blues*. La sopesó y dijo:

—Una excelente arma esta «Colt Comander» de fantasía. Es efectiva pero algo pesada para una mujer.

—Es efectiva, tú lo has dicho, y eso para mí ya es importante.

—¿La has utilizado en muchas ocasiones?

Tab buscó en los ojos femeninos algo más de lo que pudieran responder sus labios carnosos, altamente sensuales.

—Las suficientes.

—¿Contra bandidos o contra agentes de la ley?

—Contra dianas, simplemente. ¿Tan sádica te parezco?

—No, sólo preguntaba.

—Juegas conmigo como el gato con el ratón, ¿verdad?

Se le acercó tras guardarse la pistola en el bolsillo sin que ella protestara. Le tomó una de las manos y se la alzó mirándole las uñas, largas, afiladas y bien pintadas en un color morado brillante.

—Podría ser que en este caso tú fueras la gata y yo el ratón.

—¿Tan peligrosa te parezco? Si soy débil, una simple mujer.

—No me fío de los que son débiles en apariencia. Suelen dar más sorpresas que los supuestamente fuertes.

—Yo tampoco me fío de los hombres supuestamente imperturbables.

Se alzó de puntillas y buscó con sus labios la boca del federal. Lo besó como una profesional que era. Primero fue una presión suave,

casi un roce y luego algo fuerte, apasionado, fiero.

Howard no se movió, aceptó la caricia sin entregarse.

Al fin, con el busto ligeramente jadeante, *Blues* dio un paso hacia atrás, clavando su mirada en Tab. No era la clásica jovencita que después de un beso se ruborizaba. *Blues* era más, mucho más que eso y ella no hubiera terminado allí, pero se limitó a observar entre irónica y decepcionada:

—Pareces de hielo. ¿Con todas eres igual?

—Todos los toros no son sementales.

—Sí, claro, también hay bueyes.

—Supongo que tú no me catalogas como a los bueyes.

—No, quizá es que eres muy exclusivo y para ti la mujer haya de ser algo más.

—Es posible.

—¿Una universitaria, por ejemplo, una intelectual que pueda hablarte de filosofía?

—Una mujer no es sólo una hembra y tampoco debe de ser un tratado de humanidades, ha de ser una combinación de todo ello.

—Creí que a los hombres sólo os gustaba la mujer, mujer, es decir, la mujer en...

—¿El lecho?

—Creo que contigo será preferible hablar de otra cosa —suspiró—. No sé si eres un cínico o el mejor tipo con quien me he tropezado nunca. Ahora, ya que has jugado bastante con esta inculta apodada *Blues*, ¿vas a decirme qué buscas en mi club?

—Un cadáver.

—Eso es grave.

—Sí, muy grave. Un hombre fue asesinado la otra noche en los lavabos, ante mis propias narices. Lo degollaron como a un cerdo.

—Qué raro. La policía Metropolitana no ha venido por mi club y éstos son los sabuesos que primero aparecen cuando hay sangre.

—Por lo visto, esta vez no la han olido.

—Sigue siendo raro, ¿no?

—Sí, porque en la Morgue no está el cadáver.

—Entonces, no comprendo qué buscas. Si no hay cadáver...

—Un muerto puede hacerse desaparecer. Es más práctico por si la policía decide investigar.

—Si crees que tengo un cadáver escondido en mi club, puedes

buscar por donde quieras.

—No, sería inútil, pero en el lavabo donde lo asesinaron todavía quedan rastros de sangre.

—Sangre en los lavabos no es una cosa demasiado infrecuente. A veces, en ellos se solventan algunos problemas particulares en los que nada tiene que ver el club. Unas supuestas o posibles manchas de sangre no quieren decir nada, supongo que en unos aseos públicos también pueden encontrarse. Además, hay gente que espupa sangre.

Tab H. Howard la observaba con atención. ¿Sería una ingenua o la mayor cínica con la que se había topado?

—Te digo que un hombre fue asesinado allí, yo lo vi.

—¿Y cómo no interviniste?

—Me narcotizaron.

—¿A ti? Parece imposible —se burló—. Un hombre como tú, un luchador nato, un hombre que no se derriete ante las mujeres a menos que él lo quiera y siempre escogiendo la fémina a su gusto... Me cuesta creerlo.

—Se puede poner fuera de combate a un elefante o a un rinoceronte con una pistola de dardos narcotizantes. Hay dardos con dosis soporíferas normales y otros cargados con dosis casi mortales. Algunos cardíacos no las resisten y mueren. Ese tipo de narcóticos jamás los emplea la policía ni los enfermos en los sanatorios psiquiátricos.

—Si estás vivo, he de pensar que no eres cardíaco.

—Mire, *Blues*, a mí me sacaron de aquí convertido en un leño y no sé quién lo hizo ni qué medios utilizó, como tampoco dónde han podido ocultar el cadáver de González.

—¿Quién es González?

—No sé si eres lista o soy yo quien se pasa de listo, pero llegaré hasta el final de este asunto, te lo prometo.

—Francamente, Howard, no entiendo nada. Creo que podríamos ser amigos. Si dices que estás de vacaciones, puedes venir a mi club, estás invitado todas las noches. Hasta puede que a la larga lleguemos a un acuerdo, seguro que ganarías mucho más dinero que en tu FBI.

—Sólo me faltaba eso, que me propusieras convertirme en un hampón.

—¿Tú crees que soy una hampona? Tengo un club legal, pago mis impuestos y el recaudador no les hace ascos a mis dólares.

—Debería existir una ley que eximiera de impuestos a los que ganáis el dinero con negocios como este club, es decir, con la inmoralidad, y eso por no añadir la venta de drogas, que no paga impuestos.

—¿Tienes pruebas para acusarme de vender drogas en mi club?

—No, no las tengo, y ni siquiera sé todavía si ése es el peor delito que se comete aquí. Por el momento, que yo sepa, ya ha habido un crimen aunque el cadáver no aparezca por parte alguna.

—Dime, Howard, en confianza, ¿estás investigando algún asunto de estupefacientes federal? Te advierto que en mi club se han presentado en algunas ocasiones los

gun-men

de la brigada de narcóticos, pero los locales, ya sabes, para buscar y detener a algún vendedor particular, nada de importancia. Si el asunto es federal, es más serio.

—Cuando sepa de qué se trata, te lo diré, y si eres parte del equipo de ese euroasiático, más te valdría subir a la motora de González y marchar a Cuba, porque si eres detenida vas a pasarlo mal.

—No sé de qué me hablas y me estás cansando. Como hombre eres duro, gélido, claro que toda mujer puede llegar a derretir a un iceberg si hace falta, pero como polizone me cargas.

—Nos veremos. Por ahora creo que no voy a averiguar nada aquí. Si el cadáver continúa en el club, será mejor que os apresuréis a sacarlo.

Se dirigió a la salida. *Blues* se acercó a la puerta y le llamó:

—¡Howard!

—¿Qué? —preguntó volviéndose.

—¿Y mi pistola, acaso la requisas?

—No, sólo la tomo prestada.

—Eso es un robo, puedo denunciarte a los

G-men

de la Metropolitana.

—Hazlo, tráelos a tu club. Yo diré que te la tomé prestada porque ya no tenía deseos de estirar más mis músculos con tus muchachos. Si se me ponen por delante, la emplearé.

Blues se calló y le vio marchar.

Howard salió a la calle y anduvo hacia el lugar donde dejara aparcado el descapotable de Imma Douglas. Quedó quieto, desconcertado; el coche no estaba allí, había desaparecido.

CAPÍTULO X

Había poca luz en aquella calle donde se alineaban los *cottages* playeros rodeados de jardín, si no lujosos, sí muy confortables.

Pagó la carrera y cuando el taxi se alejaba, se acercó a la casa con las manos en los bolsillos y un cigarrillo entre los labios.

La noche era de luna creciente y la luz escaseaba. El *cottage* de los Douglas se hallaba sumido en la oscuridad. Sin embargo, Howard se acercó a él. Empujó la verja del jardín y ésta cedió. Caminó por el empedrado ribeteado de césped y al llegar ante la puerta, pulsó el timbre.

Nadie respondió. La casa estaba totalmente silenciosa.

Aguardó unos minutos, pensativo. No comprendía la desaparición de Imma cuando le había pedido que esperara fuera, cerca del club. Había hecho unas gestiones para aprovechar el tiempo y ahora iba a buscar a la joven de nuevo. Con ella podría cenar en alguna parte y hablar sobre lo que ocurría.

Pesimista, se alejaba ya hacia la salida del jardín cuando oyó su nombre.

—¡Tab, Tab!

La llamada había sido hecha con voz queda, apenas audible, pero no cabía duda de quién le llamaba.

—¡Imma! ¿Dónde estás?

—En la casa. No hagas ruido, no enciendas la luz. La puerta está abierta. Cuidado, Tab, cuidado.

La voz había brotado por una ventana, mas no había podido descubrir a Imma que se escondía tras ella.

Miró en derredor, receloso. Buscó una posible sombra que se moviera, algún coche aparcado desde el que alguien pudiera vigilar. Si Imma le había hablado de aquella forma, algún motivo tendría.

Sin conseguir sospechar de nada, se acercó a la puerta. La empujó y ésta cedió. Pasó al interior de la casa y cerró tras de sí,

sumergiéndose en una oscuridad casi total.

—¡Tab!

Sintió que la joven se le abrazaba, apretando su rostro contra su pecho y estallando en un violento sollozo.

Instintivamente, le acarició los cabellos pidiéndole calma.

—Vamos, Imma, ¿qué te sucede? ¿Por qué te has marchado, qué ha ocurrido?

Sabía que estaba haciendo un montón de preguntas a las que la muchacha no iba a dar fácil respuesta. Le hubiera gustado encender la luz para ver el rostro femenino, un rostro que imaginaba surcado de lágrimas mientras calentaba su amplio tórax al refugiarse en él.

—Tab, tengo miedo, mucho miedo.

—¿Seguro que no podemos encender una luz?

—No, Tab, pueden matarnos.

—¿Quiénes? Vamos, Imma, tendrás que contarme lo ocurrido.

La empujó hacia el interior de la casa. Tanteando, llegaron hasta el sofá. La única luz que allí había era la de la punta de su cigarrillo y una tenue claridad que penetraba por el amplio ventanal, procedente de una farola de la calle, algo alejada del jardín.

—Siéntate. He estado llamando por teléfono, pero en la compañía me han dicho que seguía incomunicado, que había una fusión extraña de cables y que tratan de arreglarlos con prontitud.

—¡Han sido ellos, Tab, han sido ellos!

—¿Quiénes son ellos?

—No lo sé, son asesinos, asesinos.

—Creo que tendrás que comenzar a explicármelo todo por orden.

Imma relató el secuestro de los dos sicarios hasta la caída del coche al mar.

—Noté el golpe contra el agua y todo se hizo negro a mi alrededor. Sentí la muerte en mi garganta, fue espantoso.

—¿Cómo conseguiste salvarte?

—Después del choque contra el agua, sobrevino una paz extraña mientras aumentaba la presión en mis oídos, en mis pulmones. Soy buena nadadora, incluso he practicado mucha inmersión y no perdí el sentido. El coche caía hacia el fondo con las ruedas hacia arriba. Temía sumergirme excesivamente, pues a pulmón libre hallaría la muerte sin remedio, por eso me solté el cinturón de seguridad que

tan acertadamente me había colocado y que me evitó el impacto del choque. Salí del auto nadando hacia lo alto en busca de aire para mis pulmones oprimidos. La caída había sido entre dos grupos rocosos batidos por las olas. Gracias a Dios, entre ambos había una profundidad considerable, la suficiente para que el automóvil no se destrozara brutalmente.

—Sigue.

—Salí agarrándome a la roca, el agua batía contra mí. Respiré, busqué aire con todas mis ansias. Me daba cuenta de que había escapado a la muerte.

—¿Y el otro?

—Miré hacia lo alto y no estaba. Tras descansar unos minutos, comencé a nadar. Llegué a una pequeña cala arenosa, resguardada de las olas y allí me sentí a salvo. Hacía sol, me quité la ropa y se secó. Cuando volví a vestirme, comencé a trepar por entre rocas y lugares muy peligrosos, pero conseguí llegar arriba y desde allí a la carretera.

—¿Pediste ayuda a la policía?

—No, estoy asustada, muy asustada, y no sé dónde está papá. Creo que corre peligro.

—Es posible. Sin embargo, si está en un servicio especial, la superioridad no me va a informar de él. Las misiones altamente secretas las llevan departamentos del FBI que no transmiten sus datos a los demás para que no puedan caer en manos peligrosas. Si entre los apóstoles de Jesucristo hubo un Judas, es lógico temer que en el FBI haya un traidor y siempre se mantienen las máximas reservas.

—Pero, si avisas, ellos se pondrán en contacto con él.

—Sí, es una buena idea, pero faltan datos.

—¿Datos?

—Sí, carecemos de pruebas tangibles, no sabemos quiénes son ellos ni lo que buscan. Un hombre degollado ha desaparecido; dos hombres te han atacado y a mí me sacaron de en medio metiéndome en Nueva York para confundirme. Aun no comprendo por qué no me mataron, quizá pensaron que si mis jefes consideraban que era una borrachera, un extravío momentáneo dentro de mis vacaciones, nada iba a pasar, pero si yo moría, toda la maquinaria del FBI se pondría en marcha y resultaría peligroso para quienes me asesinaran.

—Pero ¿y mi padre?

—No creo que sea su intención asesinarlo.

—¿Entonces?

—Todo parece encaminado a introducirse en el servicio que está realizando tu padre. De una cosa no cabe duda: Alguien de ese grupo, que al parecer es numeroso, es un estupendo actor que sabe transfigurar su rostro, utilizando máscaras de látex y sacando reproducciones de ellas para confundir.

—¿Como los cinco rostros iguales que yo vi?

—Sí, posiblemente todos llevaban la misma careta.

—¡Son unos asesinos!

—Sí, de eso no cabe la menor duda. Emplean sicarios.

—Uno ha quedado en el fondo del océano, con mi coche.

—Deberás dar parte a la policía.

—¿Eso ayudará a la búsqueda?

—Sí, yo te acompañaré. Pediremos que este caso se lleve adelante reservadamente, creo que hay que ir con mucho tacto. A lo peor se trata de un caso de espionaje internacional. La situación de tu padre sería difícil, no conviene airearlo demasiado, quizá él lleve el caso de una forma que nosotros desconocemos y podríamos perjudicarlo.

—¿Y el otro asesino?

—¿Has dicho que se llama Napo?

—Sí tiene una cicatriz en la comisura del labio derecho y un ligero acento italiano.

—Lo identificaremos en la estación de policía. Cuando sepamos dónde está, iremos a verle.

—Es un criminal.

—Por eso debemos buscarle. Solicitaremos la colaboración de la Metropolitana, hay que investigar, pero no mezcles a tu padre. Al FBI no le agradan las interferencias de las policías estatales y este caso, de momento, se presenta como un intento de asesinato hacia tu persona. No podemos ligarlo todavía a un asunto federal. No obstante, cuando consiga dar con ese Napo que a estas horas estará contando a sus jefes que tú estás muerta, hablará y sabremos a qué atenernos. Entonces, me pondré en contacto con la dirección central del FBI para saber hasta dónde puedo intervenir sin perjudicar a tu padre, ya que ignoramos por completo la labor que realiza.

—Todo esto es muy complicado para mí y estoy asustada. Sé que tú conseguirás salvar a papá, pero siento que yo estoy en peligro, lo supe desde el momento en que oí la musiquilla oriental y luego vi aquellos cinco rostros.

—Espero que cuando hable a la dirección central del FBI no me digan que tengo un exceso de fantasía.

—Tab, te necesito.

Imma estaba sentada junto al hombre. La luz era tan escasa que sólo veía el brillo de sus ojos, sin embargo, los labios de ambos se encontraron.

Tab notó el temblor de la joven y el beso fue largo, profundo, cálido. Se entregó a aquella caricia que tan distinta le pareció a la de *Blues*.

No, no eran iguales pese a ser ambas jóvenes y hermosas. Besando a Imma podía transportarse a lo más elevado del amor físico y espiritual; con *Blues* sólo podía sumergirse en lo carnal.

CAPÍTULO XI

—La dejo momentáneamente en sus manos, capitán Trotters —dijo Tab H. Howard al policía estatal.

—Rescataremos el automóvil con ese hombre que, según la señorita Douglas, quedó atrapado en su interior. Abriremos un expediente con este caso, pero no profundizaremos hasta que el FBI determine si la investigación del caso le pertenece o nos lo pasa a nosotros.

—De acuerdo. Haré unas investigaciones previas y luego realizaré las gestiones oportunas con la superioridad federal. Ya le comunicaré algo.

—Estaré esperando noticias tuyas, inspector Howard —le dijo el capitán de la policía estatal de Florida.

Por haber caído el automóvil en un acantilado, ya en la carretera, el caso escapaba a la jurisdicción propia de la Metropolitana y pasaba a la policía estatal, la cual aguardaría las noticias del FBI, pues posiblemente el caso habría de pertenecerles por entero y sólo precisaría la colaboración de la policía de Florida, la cual siempre sería estimada y agradecida.

—Ya sabes, Imma, cuéntales lo ocurrido, detalle por detalle. Luego pasaré a buscarte.

—Esperaré, Tab, pero te lo suplico, ponte en contacto con mi padre. Quiero saber si está bien.

—Descuida, no tardaremos en saber de él.

El capitán Trotters abandonó unos instantes su despacho para cursar las primeras órdenes referentes a aquel caso, del garaje policial debería salir un equipo de rescate submarino y un camión grúa, pero en el fondo, lo que hizo fue dejar sola a la pareja.

Tab acercó sus labios a la boca fresca y joven de Imma, aunque hubo poca sensualidad en aquel beso que era más dador de confianza que otra cosa.

—Facilítale todos los datos que te pidan. Con ellos estarás segura mientras yo hago averiguaciones por mi cuenta. Necesito saber de qué va todo este asunto antes de pedir que la dirección central del FBI intervenga. Sería absurdo que tuvieran que modificarse planes importantes por simples sospechas, resultaría más perjudicial que beneficioso.

—Haré lo que dices, Tab, pero sigo pensando que papá está en peligro.

—No temas, lo solucionaremos todo. En cuanto a ese Napo, ellos te ayudarán a identificarlo. Te pondrán frente a una computadora que extrae fichas policiales sólo ofreciendo datos como apodosos o cicatrices. No tardarás en identificarlo, pero no te apresures.

—¿Por qué?

—Quiero averiguar algo más de ese tipo por mi cuenta, sin todo el aparato policial de por medio. El pájaro podría emprender el vuelo al sentirse acorralado, esa clase de sujetos huelen las redadas antes de que ocurran, por eso quiero buscarlo yo. No te sugiero que no les digas quién es, sólo retrásalo. ¿Comprendes?

—Sí, pero ¿cómo vas a poder averiguar tú solo quién es?

—Los datos que tú me has dado son suficientes, confía en mí.

Imma Douglas asintió con la cabeza, confiaba totalmente en Howard, por ello había ido al aeropuerto en su busca al enterarse de que llegaba en el avión que había tenido dificultades a bordo con un pirata aéreo.

Tenía que confiarle a alguien sus preocupaciones y ese alguien había sido Tab H. Howard, el federal que ahora abandonaba la central de la policía estatal de Miami, dependiente del gobernador del Estado.

Un taxi le condujo al almacén Crow.

El comercio era pequeño, oscuro. Allí se vendían diversas especialidades de tabaco, cerillas, golosinas, flores artificiales y un sinnúmero de pequeñas y heterogéneas cosas que vendedores ambulantes se dedicaban a expender cerca de los clubs nocturnos, en el interior de los mismos o en las playas, vendedores que en su mayor parte tenían dificultades físicas que les impedían obtener otros trabajos.

Una anciana le recibió con un gruñido a la luz de una bombilla de escasa potencia.

—Voy a cerrar.

—¿Dónde está Crow?

—¿Qué quiere, para qué lo busca?

En el rincón, junto al mostrador, había una puerta por la que escapaba un poco de luz. Tab no dudó y se dirigió hacia ella.

—Eh, ¿adónde va? —inquirió la vieja sacando de debajo del mostrador una escopeta de doble cañón, serrados por la mitad para hacerla más manejable.

Tab miró a la vieja vestida de negro, advirtiéndole:

—Si dispara, va a salir despedida hacia atrás y si al caer se rompe un hueso, no será fácil que se lo suelden a la edad que ya tiene.

—Si disparo, lo convierto en un colador. Está cargada con dos cartuchos repletos de perdigones de plomo y a esta distancia, no lo reconocerá ni San Pedro cuando se presente ante él.

—¿Qué ocurre? —inquirió una tercera voz. La puerta del fondo se había abierto.

—Hola, Crow. Dile a la vieja que guarde la artillería, es peligroso utilizarla.

—¡Tab, Tab Howard, bienvenido a mi casa! —El hombre miró a la anciana, recomendándole—: Mamá, guarda la escopeta, es amigo mío. —Se encaró de nuevo con el federal, añadiendo en tono de disculpa—: Hay tanto canalla suelto por estos lugares que debemos estar preparados por si nos asaltan. Ya sabes, un lisiado como yo es fácil presa de unos salteadores vulgares, pero mamá está siempre a punto de escopeta y sorprende al que quiere pasarse de listo.

—Sí, ya veo que con ese escopetón de doble cañón es capaz de convertir en hamburguesa al más Adonis de los asaltantes.

—Y si así sucediera, sería defensa propia. Ella es vieja y yo un lisiado. Tengo un gasto fijo mensual con mi abogado por si algún día nos tiene que sacar de algún pleito judicial.

Tab sonrió a Crow. Sabía que aquel hombre, que rayaría en la cuarentena, era más astuto y perspicaz de lo que aparentaba. Era fuerte de brazos, pero de cintura hacia abajo estaba totalmente parálítico.

Se movía en una silla de ruedas electrónica, provista de un juego de baterías que accionaba un motor eléctrico de dos caballos. Con un juego de botones, movía a voluntad aquella silla de ruedas que

poseía marcha atrás y adelante y la suficiente fuerza para ascender por una rampa.

Cuando la noche llegaba, sólo tenía que sacar el cable y conectarla a la red para que al día siguiente estuviera bien cargada y lista para su uso.

—Tengo que hablarte, Crow.

Crow era judío conocido y no lo ocultada en absoluto, es más, usaba el gorrito clásico de su raza y una pequeña barbita que le daba un aire místico.

—Pasa al almacén. Mamá seguirá vigilando la tienda y no dejará que nadie nos moleste. ¿Verdad, mamá?

—Sí, hijo, yo vigilaré y si te hace falta ayuda...

—No, mamá, él es un agente federal.

La vieja le miró todavía con suspicacia, pero no dijo nada. Guardó la poderosa y mortífera arma bajo el mostrador, de donde la sacara con sorprendente celeridad, y los dos hombres se internaron en el almacén.

—Supongo, Howard, que no habrás venido a investigarme. Hace años que no vendo ni un cigarrillo de marihuana. Cometí un error y lo pagué caro. Dos años de cárcel y un balazo en la columna vertebral que me sentó de por vida en esta silla de ruedas. Sin embargo, no le guardo rencor a la policía, fue una estupidez mía intentar huir cuando no podía, pero ya no más delitos, mi regeneración fue completa.

—Veo que el almacén es próspero.

La trastienda era amplia, con multitud de estanterías. Crow se movía entre ellas hábilmente con su silla electrónica de cuyo uso alardeaba casi de forma infantil delante del federal.

—Sí, abastezco a muchos pequeños vendedores. Saben que comprando a Crow su margen de ganancias es más amplio y como yo, a mi vez manejo mucho material, los fabricantes me ofrecen tantos por cientos interesantes, no para hacerme rico, pero sí para estar seguro. Creo que el negocio es bueno, pero tú no habrás venido para hablar de mi almacén ni para comprarme golosinas. Ya sabes que te estoy agradecido, sólo pasé dos años en la cárcel cuando podía haber pasado seis. Tú me libraste de cuatro en la corte federal al salir en mi defensa.

—Creo que no merecías tanto.

—Sí, máxime después de quedarme sin piernas. —Se rió de sí mismo y pulsó los botones haciendo girar la silla de ruedas como si estuviera centrada en un eje fijo en el suelo—. A quien le faltan las piernas naturales se le pueden adaptar medios mecánicos artificiales, la ciencia es buena pese a los agoreros que siempre se quejan. Bien, Howard, ¿qué quieres de este pobre y lisiado judío?

—Información.

—Si no vas a complicarme la vida, te la daré, ya sabes que no te cobro un solo dólar. Te estaré agradecido siempre.

—No quiero aprovecharme de nada que no merezco, Crow, pero sí necesito información y sé que tú tienes mucha.

—Algunos piensan que sé más de lo que realmente sé y otros menos.

—No pierdes tu astucia, Crow.

—En algo tengo que divertirme, Howard. A veces, hasta me canso de dar vueltas en este juguete electrónico.

—Busco a un sicario de origen italiano llamado Napo. Tiene una cicatriz en la comisura del labio derecho y suele trabajar con otro de pareja llamado Lewis.

—¿Asunto federal?

—Podría serlo. Por ahora, es más asunto personal que otra cosa.

—Napo... —sonrió— sí, conozco a Napo. Es un tipo peligroso, dicen que algo sádico y le gustan mucho las faldas.

—Veo que le conoces bien.

—Yo conozco a mucha gente —hizo una breve pausa para añadir—: personalmente y a otros, por mis clientes. Son un ejército de ojos que se reparten por aquí y por allá, que lo ven todo desde las esquinas. Yo me porto bien con ellos y ellos desean hablar. Nadie los escucha, sólo Crow, el judío. Ellos se enteran de pocas cosas, pero yo los oigo a todos y ligando palabras, acabo sabiendo mucho, por eso mamá vigila con la escopeta de perdigones en la tienda. No voy a engañarte, más que un salteador, el más peligroso puede ser alguien que piensa que Crow sabe demasiado.

—Sí, yo sé que sabes mucho porque tienes buenas orejas y eres muy astuto. Por eso ayudarás al FBI y si alguna vez estás en aprietos, el FBI te ayudará a ti.

—Espero que no sea con otro balazo en la espalda —replicó sarcástico.

—Fue un error de tu parte, lo has reconocido.

—Sí, aunque a veces a uno le cuesta quitarse la amargura de encima. En fin, ¿qué quieres saber de Napo?

—Para quién trabaja y dónde puedo encontrarlo.

—Empezaremos por el final. A Napo es difícil buscarle salvo que haya terminado su trabajo y tenga dinero caliente en los bolsillos.

—Podría ser que hubiera acabado su trabajo.

—Cuando ha cobrado, Napo se pasa por lo menos dos días sin salir del Palomar Rojo.

—¿Dónde está el Palomar Rojo?

—En el Fénix Building, arriba de todo. Es un edificio de apartamentos que hay en la South Road, es inconfundible. Tiene letreros anunciadores, ya que varios de los apartamentos están en alquiler. Hay otros particulares y los dos últimos pisos pertenecen al Palomar Rojo. Es un lugar discreto y elegante, algo raro, no apto para estudiantes ni vagabundos. Napo sólo se deja caer por allí cuando tiene dinero caliente y no sale en un par de días. A ese tipo le gustan jóvenes y delgadas.

—De modo que es un burdel.

—Ahora los llaman lugar de reunión de free-girls, es más fino. Según dicen, sólo entran amistades selectas, reservado el derecho de admisión, sólo blancos, aunque las chicas son de variados colores.

—Bien, pero ¿Napo acepta trabajos a horas libres o trabaja para alguien en especial?

—Napo y Lewis forman una buena pareja de sicarios, son eficientes. La policía local trata de atraparlos sin conseguirlo, no hay cargos en su contra.

—Contra Lewis ya no harán falta cargos.

—¿Ha muerto?

—Sí, ya ha pagado. Bien, Crow, gracias por la información.

—Aguarda, veo que hay mucho jaleo y sería bueno que te dijera algo.

—¿Como qué, Crow?

El judío pulsó uno de los botones de su silla de ruedas electrónica para acercarse al federal, rodando entre las estanterías repletas de pequeños y heterogéneos objetos que, valiendo muy poco, terminaban viéndose muy caros en los club nocturnos de los que tanto abundaban en Miami Beach.

—Hay un rumor, sólo un rumor sin comprobar, de que ha llegado el cargamento de heroína más grande que haya podido penetrar en Norteamérica.

—¿Está seguro?

—Te digo que sólo es un rumor. Se habla de muchos kilos y de millones. Hay movimiento de ratas en los bajos fondos, pero nadie osa alzar la voz, todos saben que cuando algo grande se prepara hay beneficio para muchos, pero también suelen caer unos cuantos por pretender asomar demasiado la cabeza. Te lo digo, Howard, algo gordo se prepara.

—De modo que se trata de heroína.

—Sí, eso parece, pero ni yo ni nadie sabe quién la trae ni de dónde procede, sólo se rumorea quien se la va a quedar.

—Y ese nuevo rey de los narcóticos, ¿cómo se llama?

—Estamos a solas, Howard, por eso voy a decírtelo, pero sólo pronunciar ese nombre puede costarle la vida al que lo diga.

Tab recordó a González y su fracaso con respecto al intento de asesinato de Imma. El mismo le había seguido y, posiblemente, al considerarlo peligroso, le habían eliminado sin contemplaciones.

—Adelante, Crow.

—Se llama *Wok*. Tiene pasaporte británico y nació en las cloacas de

Hong-Kong,

por lo menos dicen que de allí emergió, pero debe de ser muy inteligente porque ha sufrido una gran metamorfosis y ahora es un tipo muy elegante y poderoso. Los del sindicato de Chicago y Nueva York le miran con recelo.

—De modo que es el euroasiático.

—¿Le conoces ya?

—He hablado con él.

—Pues en la próxima ocasión, asegúrate bien de que es él. He oído algo de que pasó mucho tiempo en Rusia, Australia, Alemania y Japón.

—¿Controlando drogas?

—No te asombres, Howard, pero ha estudiado en los mejores centros teatrales del mundo, desde la cultura occidental a la oriental e incluso ha profundizado en las psicologías de Oriente y Occidente. Es un sujeto muy especial. Si no cae, va camino de

convertirse en el jefe absoluto de todos los sindicatos en Estados Unidos, por eso se le teme.

—Ahora empiezo a comprender muchas cosas, Crow. Gracias por tu información.

—Olvídate de que he sido yo quien te la ha dado, Howard, olvídate porque podría costarme la vida.

—No temas, nadie sabrá que has sido mi confidente.

Howard le tendió la mano y después abandonó la tienda, aparentemente pequeña pero que detrás escondía un gran almacén, proveedor de multitud de modestos vendedores ambulantes.

CAPÍTULO XII

Tab H. Howard se detuvo frente al Fénix Building, un edificio de veinte pisos de altura encarado al mar, moderno y resistente. Arrojó el cigarrillo al suelo y se dirigió al vestíbulo.

El conserje le recibió sonriente, preguntándole:

—¿Adónde desea ir el señor?

—Al Palomar Rojo.

—Pase a este ascensor, señor —se ofreció rápidamente.

Howard le dio una propina como si de un cliente se tratara; no quería llamar la atención.

El propio conserje oprimió el botón y el elevador comenzó a subir rápidamente los veinte pisos. Posiblemente había pulsado otro timbre de aviso, pues cuando llegó a lo alto, una puerta estaba abierta y dos chicas muy atractivas, le recibieron sonrientes.

—Pasa, encanto. El Palomar Rojo está a tu disposición.

El vestíbulo era amplio, lujoso y con luces sicodélicas.

Había varios sofás, una barra y música sincopada. Algunas parejas bailaban. La puerta se cerró tras él.

Tab se veía materialmente atrapado por aquellas muchachas. Tal como le advirtiera Crow, allí había de diversos colores, pero bellas y jóvenes en su totalidad.

—Somos free-girls, claro que aceptamos obsequios de nuestros amigos los hombres.

—¿En especie o en metálico? —preguntó Tab irónico.

—Nos gusta más el metálico. Mínimo, cien dólares noche, ya te lo habrá dicho quién te ha recomendado este lugar —le dijo la rubia vestida de *cocktail* que se le colgó del cuello, oprimiendo su busto alto, duro y punzante contra su cuerpo.

—Sí, me han hablado de vosotras, pero, de momento, lo que hago es traer un recado.

La rubia esbozó un mohín de disgusto.

—¿Un recado para quién?

—Para Napo.

—No sé quién es Napo.

—Vamos, rubita, encantadora muñeca de a cien dólares, conoces muy bien a Napo, porque Napo es asiduo vuestro y, conociéndole, habrá probado con todas una por una. ¿Me equivoco?

Alguien había escuchado sus palabras, una chica mulata de bien torneadas caderas que usaba para bailar un minishort, si es que así podía llamarse por la mínima expresión del mismo.

La vio alejarse por el fondo del amplio salón donde se bailaba y al parecer se escogía a la pareja. Cuando hubo desaparecido, Tab se descolgó los brazos de la rubita que vestía una minifalda de fantasía que no llegaba a cubrir las *panties* por falta de tela.

—Encanto, voy a buscar algo.

—¡Eh, espera!

Tab se alejó hacia el rincón donde nacía una escalera que intercomunicaba aquel piso con la planta superior del edificio. Arriba habrían terrazas y habitaciones.

La rubita corrió tras él, agarrándolo por el brazo.

—¿Adónde vas? Sólo se puede subir acompañado.

—Si tenéis matones aquí, no los avises, podría pasar algo feo —gruñó sacando la pistola de la propia *Blues* de su bolsillo.

La chica se asustó y retrocedió un paso advirtiéndolo:

—No, en nuestro palomar, no. Luego vienen los polizontes y nos cierran en los apartamentos.

Tab H. Howard no la escuchaba; subía la escalera rápido como un puma.

Arriba se abrían varios corredores escasamente iluminados por unos discos de luz verde de dos pulgadas de diámetro y escasa potencia. Se hallaban a nivel de suelo, iluminándolo para que quien caminara por él no tropezara, pero al mismo tiempo no pudiera ver a quienes se cruzaban. Era imposible reconocer a nadie con aquella luz indirecta y a ras del suelo.

Escuchó a su derecha una puerta que se abría y cerraba violentamente. Luego, unos pasos apresurados que, pese al suelo enmoquetado, no le pasaron desapercibidos. Howard anduvo rápido en aquella dirección.

Al final había una cristalera que daba a una amplia terraza. Vio

la figura de un hombre recortada en el cristal. Corrió hacia la puerta y salió a la terraza cuando, instintivamente, se saltaron hechos pedazos.

—¡Quieto, Napo!

Desde el suelo, apenas sin luz y con la pistola «Comander» en la mano, Howard hizo fuego sobre la figura que se disponía a subir al borde de la pared de la terraza. Posiblemente, en aquel punto había una escalera de emergencia.

Tras la detonación, escuchó un gruñido de dolor.

—¡Napo, tira tu pistola! —le conminó Tab.

El sicario había sido herido en una pierna, pero no estaba dispuesto a darse por vencido con facilidad. Replicó con varios disparos contra Tab H. Howard, pero éste había rodado sobre el pavimento.

La escasez de luna le ayudó y las balas de Napo, algunas salieron rebotadas y otras se incrustaron en las paredes.

Pese a la herida, Napo pretendió huir. Conocía bien el edificio y se agarró a los hierros de la escalera, pero Tab corrió hacia él. La pierna herida del asesino falló totalmente y estuvo a punto de precipitarse en el vacío.

Howard, volcado materialmente sobre la baranda de la terraza, estiró su mano agarrando a Napo precisamente por el brazo armado.

La pistola apuntó a la cabeza del federal y ambos hombres, con escasa distancia entre los dos rostros, se miraron. Bajo los pies de Napo habían veinte pisos y la sangre goteaba ya por su pernera.

—¡Maldito seas, te vendrás al infierno conmigo!

Jaló el gatillo, pero ya no quedaban balas en el cargador. Tab lo había tenido presente, contando las detonaciones que realizaba el asesino.

—No tienes escapatoria, Napo. La chica no murió en el coche que lanzaste al acantilado.

El otro pie del asesino escapó de la baranda y el pánico inundó su rostro. De pronto, quería agarrarse a la vida como si al no poder llevarse consigo al federal se negara a ir solo al infierno.

—¡Súbeme, maldita sea, súbeme!

La posición de Howard era difícilísima. La tela de la chaqueta era la que materialmente aguantaba a Napo en el vacío y se estaba

rompiendo por la hombrera.

—Vas a balancearte para llegar de nuevo a la escalera de emergencia, pero tienes que decirme quién te pagó para que asesinaran a Imma.

—Sí, sí, pero primero sácame de aquí.

—Di quién te pagó.

—Wolk, fue Wolk...

Tras aquel nombre, lanzó un alarido infrahumano. La manga de la chaqueta quedó en la mano de Tab H. Howard mientras el cuerpo caía desde lo alto de los veinte pisos para producir un golpe sordo sobre el césped que rodeaba el lujoso edificio de apartamentos.

Tab Howard, molesto por no haber logrado impedir la muerte de aquel sicario que, por otra parte, habría podido significar un buen testigo en contra del enigmático Wolk, arrojó la tela al suelo cuando se apercibió de un ruido a su espalda, algo lejano.

Miró hacia la cristalera hecha pedazos y se dijo que alguien acababa de salir corriendo de allí.

—¿Habrá sido alguna de las chicas?

Sin dar la pista por perdida, corrió hacia el interior del pasillo.

Allí, oyó unos pasos que se alejaban, eran unos pasos ligeros y rápidos. Hizo uso de su larga zancada y alcanzó a la fugitiva antes de que consiguiera descender por la escalera que llegaba al salón, donde habría sido fácil confundirse con los demás. La música llegaba fuerte y abajo no parecían haberse enterado del tiroteo ocurrido en lo alto.

—¡Quieta!

Una mano de uñas afiladas estuvo a punto de saltarle los ojos. Tab Howard la sujetó, retorciéndosela dolorosamente.

—Gata, ¿quién eres?

Sólo escuchó un gemido de dolor. Allí no había suficiente luz para ver la cara femenina.

Tab se guardó la pistola en el bolsillo y sacando su mechero, lo encendió cerca del rostro de la mujer que atrapara huyendo. La reconoció de inmediato.

—¡Blues! Por lo visto, nos hemos encontrado antes de lo que pensábamos.

—¡Te odio, polizante, te odio!

—De modo que tú eres la chica de Wolk.

—¡No sé de quién me hablas!

—*Blues*, es una pena que siendo tan bonita vayas a perder toda tu belleza pudriéndote el resto de tus días en una prisión federal, de modo que para tu conveniencia será mejor que seas buena chica y colabores de ahora en adelante, así disminuirás la cantidad de años que te van a caer encima.

—¡Jamás!

—Como prefieras, tu vida es tuya y puedes desaprovecharla a tu gusto. Ahora, andando. Vamos a salir del Palomar Rojo sin llamar la atención. ¿Comprendido?

—No llegarás muy lejos, la salida está bloqueada —advirtió con suficiencia la mujer morena que controlaba varios clubs, posiblemente con dinero de Wolk.

—Gracias por advertírmelo, habrá que emplear grandes remedios para grandes males.

—¿Qué pretendes?

—Lo siento, encanto. Una vez me dormisteis a mí y me empaquetasteis para Nueva York. Ahora voy a devolverte el juego.

—¿Qué...?

Blues no pudo continuar.

Howard le propinó un golpe seco y contundente en el mentón que la envió instantáneamente al mundo de los sueños. Le cargó sobre sus hombros y regresó a la terraza. Subió a la escalerilla de emergencia por la que pretendiera escapar el sicario que ahora yacía muerto sobre el césped y cargado con el cuerpo inerte de la mujer, inició el descenso de los veinte pisos del Fénix Building por su parte posterior, bajo el cielo tachonado de estrellas y un océano que el propio edificio le impedía ver.

CAPÍTULO XIII

Cecil Douglas subió al coche del jefe de vigilantes del aeropuerto. El automóvil tenía la banderola colocada para poder circular por las pistas sin que le pusieran obstáculos.

—Ya han descendido los pasajeros y están vaciando los equipajes —dijo el vigilante refiriéndose al avión «Convair» que no hacía mucho tomara tierra.

Por el altavoz de la radio interior del auto comenzó a sonar una musiquilla producida por un kousser[1].

Los ojos del veterano Cecil Douglas se transformaron. Su voz sonó de forma mecánica, sin matices.

—Vamos. Dé la orden de que pase el camión matrícula de Nevada que está esperando a la entrada de los andenes de carga.

—Sí, inspector Douglas, ahora mismo.

El jefe de vigilantes de pista transmitió la orden por la radio del coche. Después, puso el motor en marcha y el automóvil avanzó hacia el aparato que estaba siendo descargado.

—Hay que cargar rápidamente las cajas de uranio en el camión —indicó Douglas— y éste las llevará al almacén correspondiente.

—Es un buen sistema trasladar el uranio en variadas formas que no hacen sospechar a nadie y dentro de aviones comerciales normales.

—El uranio enriquecido es peligrosamente atractivo.

—No creo que venga ninguna potencia extranjera a robarlo de nuestros aeropuertos, puesto que este sistema de traslado para el uranio enriquecido sólo se utiliza dentro del territorio norteamericano.

—Hay que estar siempre alertas —dijo Douglas con voz mecánica y pupilas extrañamente fijas.

El coche de pista se detuvo junto al avión «Convair». De él salieron tres vigilantes armados, pero Cecil Douglas se identificó

inmediatamente mostrando su carnet.

Apareció un camión blindado que rodó por el camino del aeropuerto hasta colocarse al lado del automóvil y frente a la boca de carga.

—Pongan las cajas marcadas dentro del camión —ordenó Cecil Douglas.

El camión traía cuatro servidores, dos en la cabina y otros dos en la parte posterior del mismo. De inmediato, comenzó a realizarse el traslado de las cajas especiales desde la bodega del reactor al camión.

De pronto, ulularon sirenas policiales y aparecieron doce coches patrulla que rodearon al reactor y al camión. De su interior brotaron hombres de uniforme y de paisano, todos ellos bien pertrechados de armas que montaron un perfecto cinturón.

—Todo el mundo quieto —ordenó Tab H. Howard encarándose con Cecil Douglas.

De nuevo, y de forma perfectamente audible, se escuchó la música oriental a través de la radio del coche de pista.

—Tab, ¿qué haces aquí?, ¿qué significa esto? —inquirió Douglas ceñudo.

—Douglas, esto es una trampa —le advirtió.

—¿Una trampa? Estoy en misión especial, no comprendo cómo han podido decirte que estaba aquí. Estos traslados de uranio enriquecido son altamente secretos.

—Lo sé, Douglas, y he tenido que convencer a la superioridad federal antes de llegar aquí.

—¿Qué sucede, hay algún peligro? —preguntó el jefe de vigilantes de pista.

—Sí. Detenga a los hombres del camión, la mercancía iba a ser robada.

—¿Te has vuelto loco, Tab? —barbotó Cecil Douglas.

—No, Douglas, lo han hipnotizado. Han utilizado un sistema de hipnosis progresiva sin que usted se diera cuenta hasta conseguir dominarle y que usted, en el momento adecuado, respondiera en la forma para la cual lo habían programado. Imma tenía razón. Recibía visitas por la noche y también en la motora de González. A veces, creía haber estado pescando cuando en realidad estaba siendo tratado. Le han preparado pacientemente para que, llegado

este momento, fuera una pieza movida a voluntad para poderse llevar el uranio enriquecido, que es lo que pretendían robar.

—No lo entiendo, no puede ser, no puedo creerlo...

—Lo comprenderá cuando se lo expliquen los médicos que tendrán que tratarlo ahora para limpiarle la mente. El promotor de todo esto es un euroasiático llamado Wolk, todo un genio que pretendía robar el uranio.

Los cuatros hombres del camión tenían sus manos en alto mientras eran desarmados y se disponían a ser esposados.

Byron, el jefe del FBI en aquella misión, dijo molesto:

—El tal Wolk ha escapado, no está aquí.

—¿De quién hablan?

Tras la pregunta de Douglas, el jefe de la misión federal para impedir el robo del uranio enriquecido, cuya custodia corría a cargo del FBI, mostró la reproducción de un dibujo en el que aparecía el euroasiático.

—Éste es el hombre que le ha hipnotizado y programado lavándole el cerebro, Douglas. El dibujo, al parecer muy perfecto, lo ha hecho su hija.

—¿Mi hija?

—Sí —asintió Tab—. Ella vio las caretas que el tal Wolk repartió entre sus propios hombres. De este modo, usted siempre veía el mismo rostro que, mientras le dominaba a usted con cintas magnéticas grabadas previamente, podía ir preparando su plan a miles de millas de distancia. Yo vi a ese hombre en un avión cuando se suponía que debía de estar en Miami.

—¡No entiendo nada!

—Douglas, todo esto pasará —le dijo Tab.

—Lo que interesa es que Wolk no escape —masculló Byron, jefe de Douglas y al que Tab H. Howard había alertado con sus sospechas y la captura de *Blues*, quien había terminado confesando.

—Mi opinión es que, tratándose de un robo de tanta importancia, Wolk no puede andar lejos. ¿Qué le parece a usted? —preguntó Howard encarándose con el jefe de pista, un sujeto alto y delgado.

—No sé, no he visto a ese hombre jamás.

Tab H. Howard extrajo unas esposas de su bolsillo y, sin que nadie pudiera evitarlo, esposó al sorprendido jefe de pistas que

protestó.

—¿Qué hace? ¡Suélteme, suélteme!

—No, Wolk. Es usted un genio pero se terminó, no engañará a nadie más transformando su rostro a voluntad.

Tab alzó sus manos y hundiendo los dedos por detrás de las orejas del jefe de vigilantes de pista, estiró con fuerza. En su mano quedó una careta de látex, tan perfecta, que había engañado a todos, excepto al perspicaz Howard.

—¡Es Wolk! —exclamó Byron.

Wolk, ya con el rostro descubierto, miró con odio a Tab Howard.

—Mis hombres debieron matarlo en vez de enviarlo a Nueva York en la Pipper-Charter y dejarlo borracho en sus calles.

—Sí, posiblemente ése fue su error, Wolk. Temió que mi muerte alertara al FBI cuando usted ansiaba llevarse el uranio sin llamar la atención.

—¿Satisfecho? Me ha ganado la partida, inspector Howard. Debo de parecerle tan imbécil como aquel loco que pirateó el avión en el que ambos viajábamos rumbo a Miami.

—Aquel demente era menos peligroso que usted, Wolk. Él podía haber hecho estallar un avión comercial con la gente dentro, pero usted iba a robar el suficiente uranio como para construir una bomba atómica. Ése era el precio que debía usted pagar por el alijo de heroína más grande que jamás llegara a Estados Unidos.

—¡No diré una sola palabra!

—No es necesario. *Blues* ha confesado lo que sabía. Un hombre, cuando sueña en las riquezas y el poder futuro, desea contárselo a alguien, así se disfruta más. Se lo explicó a su chica y ella ha terminado por contárselo al FBI, por eso sabemos que un FLN latinoamericano es el que pretendía obtener el uranio para imponer la fuerza por el terror a cambio de la heroína. No quieren dólares, sino una bomba atómica y el pago era la droga, pero se terminó. El negocio no ha salido bien, Wolk, y no puedo decir que lo sienta.

—¡Maldita víbora! ¿Por qué ha hablado?

—Porque ella también ha pensado en el futuro y no desea pasarse toda la vida encerrada en una cárcel. Es humana, debió de pensarlo antes. Por cierto, ¿qué ocurrió con el cadáver de González?

Derrumbado ya, Wolk se encogió de hombros.

—Los tiburones se encargaron de él. Una pena, habría tenido el

control de las drogas en toda la Unión y ahora nunca llegarán aquí.

—De todo eso nos beneficiamos los norteamericanos —masculló el jefe del FBI cogiéndolo por el brazo y llevándolo hacia el coche policial.

Junto a ellos arribó una ambulancia cuya sirena ululaba estridente. Imma Douglas se apeó de la misma y corrió hacia su padre, abrazándolo.

—¡Papá, papá!

—Imma, no comprendo nada, nada, me siento mareado...

De súbito, Cecil Douglas se derrumbó cayendo al suelo. Imma gritó asustada, pero Tab Howard la cogió por los hombros en ademán protector.

—No temas, tiene la mente agotada. Vive en un mundo de confusión. Le habían lavado el cerebro para programarlo, pero pronto estará restablecido.

Un médico, auxiliado por dos camilleros, tendieron al inconsciente Douglas sobre una camilla mientras Tab Howard sacaba de la guantera del coche de pista el magnetófono allí escondido.

Pulsó una tecla y comenzó a sonar la musiquilla oriental que habían utilizado como motivo y punto de referencia para la programación cerebral de Cecil Douglas, el hombre que debía controlar los traslados de uranio enriquecido dentro del territorio de la Unión.

—La pesadilla terminó, Imma. Buscábamos a unos asesinos y nos hemos encontrado con unos traficantes internacionales de drogas que iban a robar el uranio enriquecido, utilizándolo como pago para la heroína que gracias a Dios, no ha llegado a cruzar nuestras fronteras. Wolk es uno de los hombres más listos y peligrosos que he conocido en mi carrera al servicio del FBI.

—Tab, hice bien en confiar en ti.

—Pues, la verdad, me gustaría que siguieras confiando, pero más profundamente.

—¿Más?

Howard la besó en los labios mientras la ambulancia se alejaba y el camión, con el uranio enriquecido, era cerrado herméticamente.

—Sí, Tab, confiaré más profundamente, como tú me digas.

Pese a estar todavía jadeante, lo besó con fuerza.

FIN

SORTEO DEL MILLON

PISO Y COCHE O UN MILLON

Editorial Bruguera S. A., se complace en ofrecer a sus lectores de España la oportunidad de participar en un gran sorteo que puede convertirle a Ud. en propietario de un **MÁGNIFICO PISO Y UN MODERNO COCHE** o si lo prefiere de **UN MILLON DE PESETAS**.

Lea atentamente las siguientes instrucciones y bases, envíenos debidamente cumplimentado el cupón que hallará en la última página y... ¡BUENA SUERTE!

INSTRUCCIONES Y BASES DEL SORTEO

Corresponderá el premio al participante cuyo cupón coincida con el número que obtenga el primer premio de la Lotería Nacional del día 25 de agosto para todos los cupones recibidos hasta el 12 de agosto y con el que coincida con el del día 15 de noviembre para todos los recibidos desde el 13 de agosto al 5 de noviembre.

Fechas de precinto de los cupones recibidos: 24 agosto y 14 noviembre.

Fecha de desprecintaje, de desempate si lo hubiere y entrega de los premios: 27 agosto y 16 noviembre.

Sólo podrán participar en este sorteo las personas residentes en cualquiera de las provincias españolas, quienes podrán mandar tantos números como cupones reúnan.

Los empleados de Editorial Bruguera S. A. no pueden participar en este sorteo.

En el espacio de tiempo comprendido entre la fecha de cierre de recepción y la de precinto se clasificarán todos los cupones por orden de números.

Los actos de precintar y desprecintar las cajas, el sorteo de desempate si lo hubiere y la distribución de premios serán públicos y efectuados ante notario en los locales de la Editorial, calle Camps y Fabrés, núm. 5 —BARCELONA—, pudiendo asistir a ellos todos los participantes que lo deseen sin necesidad de invitación.

Si ningún cupón coincidiese con el primer premio de la Lotería Nacional, en las fechas indicadas, los premios se adjudicarán al número más próximo, sea anterior o posterior. En ningún caso, pues, dejará de haber ganador.

De existir más de un acertante se efectuará sorteo de desempate entre ellos ante el mismo notario.

Si el premio correspondiese a una persona menor de edad, el importe del mismo será entregado a sus padres o tutores legales.

Todo cupón roto o enmendado, sin firmar o sin que consten todos los datos solicitados quedará fuera de concurso.

Para reclamar los premios será necesario presentar el resguardo retenido, **SUJETO A LA NOVELA EN QUE HAYA SIDO PUBLICADO**. Dicho resguardo deberá coincidir con el cupón enviado.

Los ganadores que elijan la opción del piso y el coche deberán tener presente que Editorial Bruguera, S. A. sólo se compromete a efectuar por este concepto un desembolso que comprendidos todos los gastos no supere el millón de pesetas.

La participación en el sorteo implica la aceptación de las presentes bases.

ESCRIBA AQUÍ EL NÚMERO ELEGIDO

CONSERVE ESTE RESGUARDO
JUNTO CON LA NOVELA

PARA TOMAR PARTE EN EL SORTEO

DE PISO Y COCHE O UN MILLON

Escriba aquí su nombre y apellidos (en mayúsculas)

NOMBRE _____

1.º APELLIDO _____

2.º APELLIDO _____

Si acierta deberá presentar este resguardo acreditativo.

ENVIE AL NOTARIO Sr. D. TOMAS CAMINAL
CASANOVAS apartado de correos 9475 BARCELONA
el cupón para participar en el sorteo.

PUEDA ENVIAR EN UN SOLO SOBRE TODOS LOS CU-
PONOS QUE REUNA. ENVÍELOS ANTES DE LAS FECHAS
DE CIERRE

(Ver Instrucciones y Bases)

CORTE POR AQUÍ



Su nombre y apellidos (en mayúsculas)

NOMBRE _____

1.º APELLIDO _____

2.º APELLIDO _____

Añote su dirección:

CALLE _____ N.º _____

POBLACION _____

PROVINCIA _____

NOVELA COMPRADA EN:

LIBRERIA O KIOSCO _____

CALLE _____ N.º _____

POBLACION _____

PROVINCIA _____

Si se trata de un kiosco añote la calle o plaza y el
número frente al cual está situado.

Firma del participante en el sorteo.

CUPON PARA ENVIAR

Número que Usted elige

Si es menor de 5 cifras ponga
ceros en las primeras casillas

CUPON VALIDO SOLO PARA ESPAÑA

SORTEO DEL MILLON

PISO Y COCHE O UN MILLON

SOLO PARA ESPAÑA

¡UN MAGNIFICO PI-
SO Y UN MODERNO
COCHE PUEDEN SER SUYOS!
O SI LO PREFIERE

¡¡ UN MILLON DE PESETAS!!

Basta con que resida en España y nos envíe el cupón que, junto con las instrucciones y bases para tomar parte en este sensacional sorteo, hallará en las últimas páginas de todas las novelas que Editorial Bruguera, S. A. publica en sus populares colecciones femeninas y de aventuras.

**BUSQUE EN LA CUBIERTA
ESTE DISTINTIVO:**

Adquiera su novela, disfrute de unas horas de grata lectura, envíe el cupón ... y



¡¡BUENA SUERTE, AMIGO!!

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)



Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 12 PTAS.

NOTAS

[1] Instrumento musical japonés de forma octogonal, con cuerdas, clavijas y 14 trastes. < <